

## **Repensando la movilidad social hortícola desde una perspectiva interseccional. Una visión crítica del concepto de escalera boliviana en la horticultura platense (Buenos Aires, Argentina)**

Rethinking social mobility in horticulture from an intersectional perspective. A critical view of the Bolivian ladder concept in La Plata's horticulture (Buenos Aires, Argentina)

María Eugenia Ambort

*CONICET/Universidad Nacional de La Plata*

### RESUMEN

En este artículo recuperamos el concepto de escalera boliviana (Benencia, 1997) para analizar los procesos de movilidad social en la horticultura argentina, con el objetivo de realizar una aproximación actualizada desde una perspectiva interseccional. El sector productivo hortícola argentino es sumamente dinámico y se ha caracterizado, en las últimas décadas, por el protagonismo de familias trabajadoras de origen boliviano. A pesar de su importancia en la producción de alimentos, presenta condiciones de vida y de trabajo sumamente informales y precarias. Concretamente, analizamos las estrategias desplegadas por las agricultoras y sus familias en los procesos de movilidad por la estructura social hortícola, desde una mirada atenta a cómo las dimensiones de género, raza y clase se intersectan para dar lugar a una particular articulación de las relaciones de poder. El trabajo de campo, situado en el cinturón hortícola platense, uno de los más importantes del país, se basó en entrevistas biográficas con 25 mujeres agricultoras, y observación participante en sus espacios de trabajo y de organización política. Entre los principales resultados, destacamos la configuración sexo-racializada de sus trayectorias hortícolas, atravesadas tanto por su condición de migrantes no-blancas en Argentina, como por el papel que juegan en la división sexual del trabajo.

**PALABRAS CLAVE:** escalera boliviana; movilidad social; interseccionalidad; trayectorias; división sexual del trabajo.

#### ABSTRACT

In this article we bring the concept of the “Bolivian ladder” (Benencia, 1997) to analyse the processes of social mobility in Argentinian horticulture, with the aim of making an updated approach from an intersectional perspective. Argentina’s horticultural production is highly dynamic and one of its main characteristics, in recent decades, has been the protagonism of Bolivian families as work-force. Despite its importance in food production, living and working conditions remain highly informal and precarious. Specifically, we analyse the strategies deployed by women farmers and their families in the processes of mobility through the horticultural social structure. We pay attention to how gender, race and class dimensions intersect giving rise to a particular articulation of power relations. The fieldwork, located in La Plata’s horticultural belt, one of the most important in the country, was based on biographical interviews with 25 women farmers, and participant observation in their work spaces and political organisation. Among the main results, we highlight the sex-racialised configuration of their horticultural trajectories, traversed both by their condition as non-white migrants in Argentina and by the role they play in the sexual division of labour.

**KEY WORDS:** Bolivian ladder – social mobility – intersectionality – trajectories – sexual division of labour.

#### INTRODUCCIÓN

Desde los años ’70, los/as migrantes bolivianos/as se han constituido como protagonistas del sector hortícola en los distintos territorios productivos de Argentina. Además de ser quienes aportan prácticamente la totalidad de la fuerza de trabajo, también han ido accediendo a los medios de producción como arrendatarios/as o propietarios/as de tierras, y ejercen como comerciantes mayoristas y minoristas de hortalizas (Benencia y Quaranta, 2006). Las redes sociales de parentesco y paisanaje han jugado un papel fundamental en este proceso de inserción, permanencia y ascenso social en la horticultura, en un contexto económico marcado por sucesivas crisis económicas. Este proceso de movilidad social fue documentado inicialmente por Roberto Benencia a finales de la década de los ‘90 dando cuenta, a través del esquema de la escalera boliviana, de los diferentes peldaños que los

migrantes bolivianos y sus familias transitaban en el proceso de pasar de ser “peones” a constituirse como “patrones quinteros” (Benencia, 1997).

Más de 20 años después, nos preguntamos ¿en qué medida el concepto de escalera boliviana continúa siendo útil para abordar a la horticultura como un sector productivo particularmente dinámico? ¿de qué manera podemos actualizar su enfoque, a la luz de las transformaciones sociales transcurridas? En primer lugar, cabe mencionar que una de sus principales fortalezas reside en que se trata de un esquema de inducción analítica –es decir, parte de una realidad empírica particular para trazar generalizaciones susceptibles de explicar fenómenos más amplios– que se remite a las experiencias concretas de los/as horticultores/as y es plausible a la vez de adaptarse a cada realidad social y territorial, dando cuenta de las formas que adopta allí la movilidad social. Así, como veremos en el próximo apartado, es una herramienta que ha dado lugar a estudios situados en distintas áreas hortícolas de Argentina y en diferentes momentos históricos.

Por otro lado, es innegable que dos décadas después la sociedad bajo análisis ya no es la misma: tanto la horticultura como la posición de los/as migrantes bolivianos/as en Argentina se han transformado, y también aquello que conocemos sobre esta realidad social. Por lo tanto, los interrogantes que nos hagamos sobre ella y la manera de abordarlos también serán distintos. Una de las transformaciones sociales que nos interesa destacar es, precisamente, la centralidad que han adquirido las cuestiones de género en la agenda pública, política y académica, aun cuando observamos desigualdades persistentes. En ese sentido, los lugares que ocupan las mujeres en la sociedad –y por lo tanto, en la horticultura– cambiaron y, fundamentalmente, se han hecho más visibles.

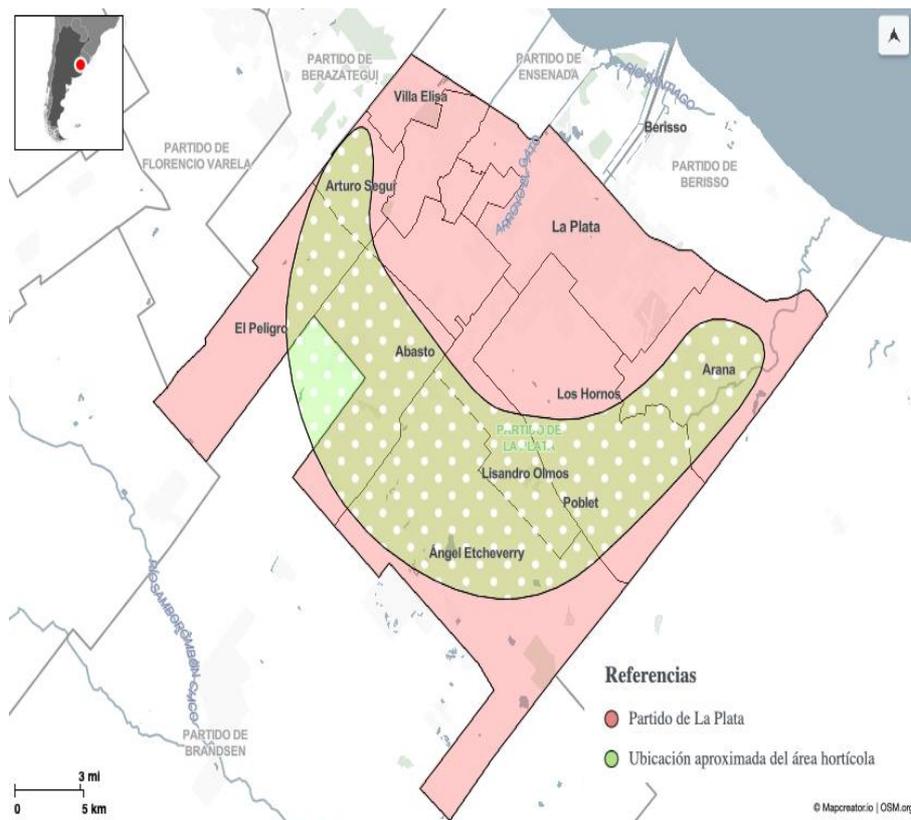
Por otro lado, las mujeres (y hombres) que analizamos poseen una historia y ocupan posiciones –en Bolivia y en Argentina–, marcadas por la alteridad de su racialización como no-blancas. Tanto la ascendencia indígena como la condición migratoria, y su imbricación con la dominación patriarcal, han determinado que en sus recorridos vitales tuvieran que enfrentarse a niveles inusitados de distintas formas de violencia. Desde una postura ética y política, consideramos que mantener esta realidad fuera del alcance de la investigación, contribuye a la naturalización de ciertas formas de deshumanización.

En la ciudad de La Plata, a 60km de la capital del país, se extiende, a lo largo de 8612ha el cinturón hortícola más grande y competitivo de Argentina (Baldini, Marasas y Drozd, 2021). Más de 4.000 establecimientos productivos, donde viven y trabajan más de 10.000 personas, que abastecen de alimentos

frescos al Área Metropolitana de Buenos Aires, donde reside 1/3 de la población nacional (unos 15 millones de personas) (Figura 1).

La mayoría de los/as agricultores/as son bolivianos/as de origen campesino, y se organizan familiarmente en establecimientos de pequeña escala (entre 0,5 y 4ha aproximadamente) a través del arrendamiento o subarriendo de tierras. Las condiciones de vida y de trabajo son extremadamente precarias e informales: salarios muy por debajo de lo pautado, sin registro, sin derechos laborales, seguridad social o aportes jubilatorios, con jornadas de más de 12hs, sin acceso al crédito, con viviendas muy precarias (construidas mayormente de madera y plástico), sin agua corriente ni cloacas, sin acceso a agua potable, con caminos anegados o inaccesibles que dificultan el acceso a centros educativos y de salud. Esto lleva a que las familias vivan en condiciones de vulnerabilidad y superexplotación (Ambort, 2017; Benencia, García y Quaranta, 2021).

Figura 1. Ubicación del cinturón hortícola del Gran La Plata



Fuente: elaboración propia.

En esta región los antiguos productores (fundamentalmente migrantes italianos o portugueses) fueron abandonando la actividad, tanto porque sus hijos/as ya no querían dedicarse a la agricultura como por las consecuencias de la crisis desatada en 2001, alquilando las tierras a sus antiguos/as peones/as y medieros/as (mayoritariamente bolivianos/as de origen campesino). Estos/as profundizaron el proceso de especialización productiva en marcha, adoptando el paquete tecnológico asociado al invernáculo y generando así una intensificación del uso del suelo y de la demanda de mano de obra (García, 2011). Fueron llegando entonces nuevos/as campesinos/as de origen boliviano, contactados/as a través de redes de parentesco y paisanaje, convirtiéndose en la fuerza de trabajo predominante y ocupando de manera dinámica las distintas posiciones de la estructura social hortícola (trabajadores-productores-comerciantes). Esta intensa movilidad social y geográfica no se dio solo en La Plata sino en distintos territorios productivos del país, dando lugar a lo que se denominó como la “bolivianización” de la horticultura (Benencia, 2006).

Después de una convivencia de más de cinco años en este territorio, conociendo las historias de vida de muchos/as quinteros/as y estableciendo vínculos de confianza y amistad con algunos/as de ellos/as, analizar sus trayectorias sin contextualizar (e intentar comprender) su forma de ser y estar en el mundo atravesada por la violencia estructural, constituiría un acto de hipocresía. Su presencia en Argentina y sus trayectorias laborales en la horticultura –incluida la movilidad por la escalera boliviana– no pueden comprenderse aisladas de las relaciones de poder que las constituyen. No haber podido ir a la escuela, trabajar desde la infancia, sufrir hambre y frío, no haber tenido nunca una ducha de agua caliente, ser tratada como una sirvienta o ser víctima de intimidación física y sexual por el hecho de ser mujer, entre otras, son violencias que dan cuenta de la persistencia de la colonialidad del poder en nuestra cotidianeidad (Quijano, 2000).

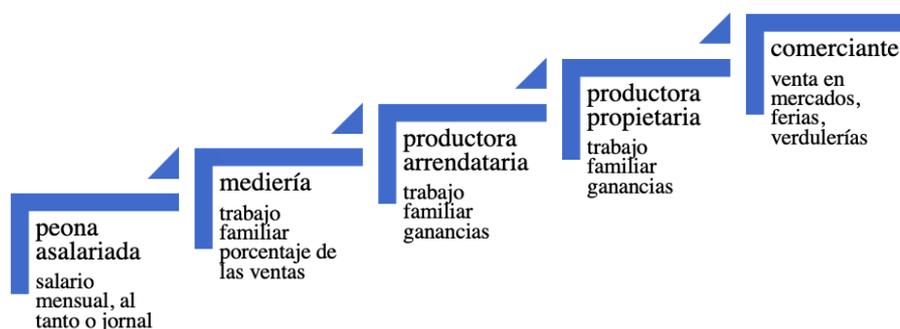
El objetivo del artículo es analizar las trayectorias hortícolas de mujeres quinteras en el Gran La Plata a partir del esquema de la escalera boliviana, contemplando no sólo las estrategias productivas y reproductivas que se dan las familias para intentar capitalizarse y ascender, sino también las relaciones de poder que atraviesan a esas decisiones. Pretendemos, por un lado, poner la experiencia de las mujeres quinteras en el centro; y por el otro, realizar un análisis interseccional de sus trayectorias de movilidad, atendiendo a cómo no sólo la posición social, sino también el género y la raza, operan en los recorridos típicos y desviados de las mujeres y sus familias por la estructura social hortícola.

El artículo se estructura de la siguiente manera: En primer lugar presentamos un breve *racconto* sobre cómo se ha analizado la movilidad social en diferentes realidades hortícolas argentinas, y particularmente la situación de las mujeres. En el marco teórico introducimos los principales conceptos que nos ayudarán a pensar la escalera boliviana de manera interseccional y desde la economía feminista; y a continuación algunas reflexiones sobre la metodología. En el análisis presentamos la mirada interseccional sobre las trayectorias, describiendo sus recorridos de ascenso, reproducción, descenso e intermitencia en la horticultura. Concluimos con algunas reflexiones prospectivas respecto de cómo puede seguir transformándose nuestra forma de mirar, frente a una realidad social particularmente dinámica como es la hortícola.

#### ESTUDIOS SOBRE MOVILIDAD SOCIAL Y GÉNERO EN LA HORTICULTURA

El esquema de la escalera boliviana (Figura 2) describe un proceso de movilidad social ascendente que permite comprender la inserción de migrantes bolivianos/as como trabajadores/as (peones/as), empleándose de manera estacional en distintas producciones agrícolas de Argentina; su posterior inserción en la horticultura como medianeros/as, a través de redes de parientes y conocidos/as; y finalmente su estabilización como productores/as propietarios o arrendatarios de tierras, y eventualmente también comerciantes de hortalizas (Benencia, 1997; Benencia y Quaranta, 2006). Los distintos escalones suponen posiciones y estrategias diferenciadas en relación a los factores productivos (tierra, trabajo, capital).

Figura 2. Esquema básico de la escalera boliviana



Fuente: elaboración propia.

La mediería es una forma de arreglo informal muy diseminada en la horticultura, en la cual en vez de un jornal o un salario, la familia recibe un porcentaje de las ventas a cambio de su trabajo. Supone una instancia clave en el aprendizaje del oficio que no requiere de inversiones, mientras al patrón le permite contar una mano de obra disciplinada con la cual comparte los riesgos asociados a la producción. El escalón de productor/a, por su parte, implica asumir la gestión completa del ciclo productivo, con todos los costos asociados, que se cubren fundamentalmente con el ahorro obtenido durante el período de mediería. También supone, eventualmente, convertirse en “patrones quinteros” (Benencia, 1997). Estudios posteriores han mostrado que la escalera se diversifica con la incursión en escalones superiores asociados a la comercialización, tanto mayorista como minorista (Benencia y Quaranta, 2006), y que la movilidad no es inequívocamente ascendente. Eventualmente descender puede también formar parte de la estrategia de acumulación a lo largo del tiempo.

Las estrategias de las familias bolivianas combinan elementos capitalistas con la persistencia de elementos campesinos. Esto les permite acumular capital para reinvertir en la producción y avanzar en la escalera boliviana (García, 2011). Los rasgos campesinos son el trabajo físico directo de toda la familia, la producción de valores de uso (alimentos para el autoconsumo), la flexibilidad y un estilo de vida austero con muy bajo nivel de consumo. Las características capitalistas, una racionalidad económica de costo-beneficio orientada a la obtención de ganancias, aunque también una creciente asunción de riesgos, la administración de la unidad productiva e inclusive la comercialización (disminuyendo el trabajo físico), la contratación de mano de obra asalariada y la inversión de capital (en maquinarias, tecnología, o tierras).

La combinación de ambas lógicas explica las estrategias domésticas, productivas y comerciales que han permitido en las últimas décadas la consolidación de las familias bolivianas en la horticultura. Estas estrategias tienen que ver con su gran flexibilidad y versatilidad para adaptarse al medio y a su capacidad de resistencia frente a contextos adversos, privilegiando la inversión en la unidad productiva antes que en el consumo, y una fuerte (auto)explotación de la mano de obra. Estos factores, permiten comprender la mayor competitividad que han ganado respecto de los agricultores tradicionales, quienes no están dispuestos a trabajar en dichas condiciones (García, 2011).

Otros análisis destacan la movilidad espacial horizontal como una estrategia orientada a continuar la movilidad social ascendente cuando se presenta una situación de escasez de tierras productivas disponibles (Rivero Sierra y

Álamo, 2017). Mediante un proceso de “diseminación”, familias horticultoras que ya han realizado un proceso de capitalización que les permite invertir se trasladan a una región cercana para arrendar tierras y continuar desarrollándose en la actividad. Mientras el estudio de trayectorias de los/as hijos/as muestra que la inserción escolar funciona, en esta segunda generación, como una «bifurcación» de la escalera boliviana, planteando una vía alternativa de ascenso social a través de la obtención de credenciales educativas, y el posterior desarrollo de otras ocupaciones (Morzilli, 2019). Esto marcaría una tendencia en las trayectorias hortícolas, diversificándose hacia fuera de la horticultura (Benencia y Quaranta, 2018).

Por otro lado, las familias horticultoras (de los distintos estamentos) participan en asociaciones gremiales buscando mejorar su acceso a los mercados y sus condiciones laborales, interpelando fundamentalmente al Estado (Ambort, 2017; Seibane y Ferraris, 2017). Esto constituye una estrategia de resistencia orientada a mitigar la precariedad, la informalidad y las desigualdades persistentes en toda la estructura hortícola (Navós López, 2022). En sintonía, hay estudios que cuestionan el carácter “ascendente” de la movilidad por la escalera, ya que no siempre implica mejorías en sus posiciones relativas. Señalan, por ejemplo, que la salida de la producción primaria hacia la comercialización no es vivida necesariamente como un ascenso social, sino como una consecuencia de la escasez de tierras productivas debido a la especulación inmobiliaria (Zunino y Núñez, 2020). O relativizan el éxito de ciertos migrantes para quienes la movilidad económica individual no implica aceptación sociocultural ni ejercicio pleno de ciudadanía (Ataide, 2016).

En relación a la forma en que es recibida esta migración en Argentina, todos los estudios reflejan que existe discriminación hacia la población boliviana, basada en estereotipos positivos y negativos. Mientras ciertas miradas lo abordan desde la cuestión étnica, poniendo el peso en las diferencias culturales y en las solidaridades que unifican a estos grupos migrantes como una “comunidad” (Benencia, 2009; Lemmi y Waisman 2021); otras lo analizan identificando procesos de racialización, enfocando en la construcción de alteridad a partir de la lectura corporal de la presencia indígena (Ataide, 2019; Mallimaci Barral, 2022; Pizarro, 2007). Esta investigación retoma esta última perspectiva, problematizando las posiciones sociales subalternas de quienes transitan la escalera boliviana, y cierta tendencia a su deshumanización a partir de la naturalización de condiciones de vida y de trabajo deplorables. Por otra parte, también busca problematizar las miradas masculinizadas respecto del trabajo agrícola, recuperando los estudios que analiza la división sexual del trabajo en ámbitos rurales.

### **División sexual del trabajo en el agro**

Si bien en Argentina la literatura abocada a analizar el lugar de las mujeres en la horticultura es mucho más acotada e incipiente, se trata de un tema cada vez más abordado, insertándose en un fructífero campo internacional. Las experiencias vitales de las agricultoras han sido analizadas observando tanto la división sexual del trabajo en contextos rurales (Deere y León, 2002; Logiovine y Bianqui, 2024; Narotzky, 1988), como la feminización en los enclaves agrícolas globales en Latinoamérica (Barbosa Cavalcanti et al., 2002; Bendini y Bonaccorsi, 1998; Deere, 2005; Lara Flores, 1995; Mingo 2011) y en Europa (de Castro, Reigada y Gadea, 2020; Moreno Nieto, 2016; Reigada-Olaizola, 2012).

Entre los antecedentes que incorporan una mirada de género a la agricultura periurbana argentina, podemos mencionar aquellos que, desde la perspectiva interseccional, han puesto el foco en las experiencias de trabajadoras rurales migrantes en Río Negro (Trpin, 2023; Trpin y Brouchoud, 2014); en las trayectorias laborales y migratorias en la horticultura salteña (Ataide, 2019); o en la segregación laboral en Mendoza (Moreno, 2022). Asimismo, también nos interesa destacar aquellos que enfatizan en la segregación por género en las quintas hortícolas, debido a la superposición de espacios productivos y reproductivos y de la división sexual del trabajo que allí se desarrolla, redundando en una doble (o triple) jornada laboral femenina (Ambort, 2022; 2024; Blanco Rodríguez, 2023; Insaurralde y Lemmi, 2020).

### **INTERSECCIONALIDAD Y ECONOMÍA FEMINISTA: ANALIZAR LA MOVILIDAD SOCIAL DESDE LAS RELACIONES DE PODER**

Como herramienta teórica, la interseccionalidad desafía los modelos universalistas hegemónicos que presuponen la existencia de una sola forma de “ser mujer” (hooks, 1990), e invita a comprender las especificidades que adopta, por ejemplo, el sexismo, para las mujeres no-blancas, en un determinado contexto de clase, como sistemas de dominación complejos y dinámicos, situados históricamente (Crenshaw, 2012). La perspectiva interseccional representa un proyecto cognitivo que busca analizar las relaciones de poder y la desigualdad social, dando cuenta de que operan como una matriz de dominación en la cual los diferentes ejes intervienen generando situaciones o posiciones que exceden a la simple sumatoria de factores, y que ameritan ser explicadas por sí mismas y en su complejidad (Hill Collins, 2015).

Desde este punto de partida, analizamos las formas de ser y estar en el mundo de las mujeres quinteras desde una mirada interseccional ubicada en la

colonialidad (Souto-García, 2022). Es decir, un análisis histórico y situado (Anthias, 2006) en el que a partir de sus vivencias como horticultoras en distintos territorios de Argentina y particularmente en La Plata, buscamos comprender la forma en que clase, raza y género se coconstituyen en el contexto latinoamericano, donde se manifiestan múltiples desigualdades ancladas en la matriz de poder capitalista neoliberal y neocolonial (Segato, 2016).

En términos de clase social proponemos pensar los procesos de movilidad social por la escalera boliviana en términos relacionales (Bourdieu, 1994). Es decir, en el contexto de la sociedad argentina en su conjunto, y no solo como un proceso de ascenso o descenso social desanclado de las condiciones materiales y objetivas de existencia. En ese sentido, las posiciones ocupadas en la relación capital-trabajo contrastan con las condiciones de vida y de trabajo imperantes en la horticultura, dando cuenta de que continúan ocupando los eslabones más bajos y pauperizados de la estructura social.

Sostenemos que esta forma de enclasmiento, se encuentra íntimamente relacionada con la forma en que las mujeres quinteras son racializadas (Margulis, 1999), en tanto migrantes bolivianas de origen campesino-indígena, constituyendo una alteridad –inferiorizada– respecto de la «Argentina blanca» (Gordillo, 2020). Esto se traduce en su presencia subalterna y provisoria como cuerpos-trabajo (Sayad, 2008), individuos que son subhumanizados y reducidos en su reconocimiento social a su función en tanto mercancía-fuerza de trabajo disponible, dispensable, y dispuesta para ser explotada y autoexplotarse.

Por último, la condición femenina de las quinteras –es decir, la particular forma en que, por su genitalidad, son consideradas “mujeres”, y por lo tanto asignadas a determinados roles, funciones y posiciones sociales en el marco del sistema sexo-género (Rubin, 1986)–, introduce algunos elementos que complejizan sus condiciones de existencia marcadas por el hecho de ser migrantes racializadas como no-blancas, así como sus formas de transitar la escalera boliviana. En el marco de estructuras familiares organizadas de forma patriarcal, el trabajo doméstico y de cuidados se encuentra sexualizado como algo femenino e infravalorado (hooks, 2004); y se constituye como una obligación moral para las madres y esposas. El control del cuerpo y la sexualidad de las mujeres se torna imperioso para fijarlas en roles reproductivos asociados a la maternidad, garantizando la provisión gratuita de trabajos de cuidados y la reproducción cotidiana e intergeneracional de la fuerza de trabajo (Federici, 2013).

Para analizar esta influencia de las relaciones de género en los procesos de movilidad social adoptamos algunas ideas de la economía feminista. Esta

teoría económica crítica se propone “visibilizar lo invisible” (Economistas sin Fronteras, 2018), realizando análisis y propuestas que den cuenta de que la economía va más allá de los mercados, de que vivimos en un mundo estructurado a partir de un orden heteropatriarcal, y de que la igualdad y la justicia social no son posibles sin una transformación radical de las maneras en que nos organizamos (Pérez-Orozco, 2014).

Cuando hablamos de “lo invisible”, nos referimos a distintas cuestiones. Por un lado, a aquello que suele omitirse cuando se analiza al “jefe del hogar” como referente de un grupo familiar que es heterogéneo y jerárquico. Uno de los sesgos androcéntricos de la economía tradicional radica en considerar a la familia como una “unidad armónica” (Benería, 2008), sin contemplar que su organización y funcionamiento se encuentra atravesado por relaciones de poder. Para profundizar en estas dinámicas de organización familiar analizamos la división sexual del trabajo al interior de los hogares (Benería, 1981), desde el enfoque de conflictos cooperativos (Agarwal, 1997). Este enfoque incorpora al análisis las relaciones de poder y las distribuciones desiguales e injustas de tareas al interior de las familias, sin dejar de comprenderla como una unidad cohesionada (Deere, 2012). Cabe destacar que en el caso de la agricultura familiar, el hogar no es solo un grupo de convivencia sino también un grupo que se organiza para trabajar junto, y esto supone un mayor nivel de negociación a su interior (Farah, 2004).

Otro aporte es desnaturalizar la esfera productiva –el mercado– como el eje a partir del cual se estructura el mundo capitalista en que vivimos (Carrasco-Bengoa, 2017). Las miradas clásicas, neoclásicas y también marxistas, reproducen la idea de que solo tiene valor aquello que se constituye en mercancía y es intercambiable por dinero, invisibilizando el carácter determinante que tienen para el sostenimiento de la vida, factores como la naturaleza, los trabajos no remunerados o las dinámicas comunitarias. En ese sentido, frente al conflicto “capital-trabajo”, la economía feminista plantea poner en el centro el conflicto “capital-vida”, ampliando la mirada hacia los trabajos domésticos y de cuidados no remunerados, y a la apropiación de la naturaleza entendida como recurso, como la base sobre la cual el resto de la economía (productiva) se sostiene (Pérez-Orozco, 2014). Entender al trabajo en un sentido “amplio” (Torns, 2008) y a la economía desde la sostenibilidad de la vida supone entendernos como cuerpos vulnerables e interdependientes. Esto implica analizar el carácter esencial de los trabajos domésticos y de cuidados realizados por las mujeres para sostener, no solo la reproducción de la vida, sino los procesos de ahorro y acumulación que dan lugar a los procesos de movilidad social.

## METODOLOGÍAS FEMINISTAS PARA PRODUCIR CONOCIMIENTOS SITUADOS

La investigación está orientada por el afán de comprender las relaciones de poder que se desarrollan en el capitalismo contemporáneo (Grosfoguel, Oso y Christou, 2015), abonando así a procesos críticos que permitan desnaturalizar las desigualdades que lo constituyen. Para ello nos posicionamos desde una mirada feminista en la construcción de conocimiento social (Gregorio Gil, 2006; Harding, 1996). Deconstruir la asociación naturalizada de ciertos factores biológicos –como el color de la piel, las facciones o el sexo asignado al nacer– con determinados roles sociales, es aun una labor necesaria para formular teorías sociológicas que ayuden a entender las dinámicas sociales contemporáneas sin sesgos androcéntricos, racistas y sexistas.

Entendemos que la horticultura platense, como caso de estudio, permite dimensionar a una escala microsocia las manifestaciones corporizadas de dichas relaciones de poder en un espacio-tiempo delimitado. Realizamos una investigación cualitativa que, desde una metodología feminista, aboga por la interseccionalidad y la construcción de conocimientos situados (Haraway, 1995). Adoptamos el enfoque biográfico (Bertaux, 1990) para realizar un estudio diacrónico mediante el análisis de trayectorias (Godard, 1996). Esto permite recuperar la mirada de los actores sociales sobre su recorrido vital y su momento histórico, privilegiando especialmente en el análisis el paso del tiempo y los procesos de cambio social (Muñiz Terra, 2018).

El trabajo de campo se basó en la realización de entrevistas biográficas a mujeres quinteras, entre 2017 y 2019 en el Gran La Plata, dando lugar a una muestra conformada por 25 historias de vida (ver Figura 3). Este material se complementó con una inmersión etnográfica en las quintas hortícolas (2015-2020), que implicó un acercamiento a la realidad productiva y a la cotidianeidad de las familias que allí viven y trabajan. El mismo surge de una experiencia de militancia en una organización gremial<sup>1</sup> ampliamente diseminada por todo el territorio. Durante este período me impliqué de forma comprometida con la organización social y gremial del sector, participando de asambleas, reuniones, talleres, visitas a las quintas, movilizaciones, fiestas, etc., entablando vínculos de confianza y amistad con muchas quinteras. La participación en actividades impulsadas desde el área de género del MTE,

---

<sup>1</sup> Entonces se trataba del MTE (Movimiento de Trabajadores Excluidos)-Rama Rural. Actualmente esta organización se denomina [Federación Rural para la Producción y el Arraigo](#), se encuentra extendida por todo el país agrupando a más de 30.000 agricultores/as en torno al cooperativismo, la agroecología, la igualdad de género y la lucha por un modelo agropecuario más justo, con soberanía y arraigo rural.

como las Rondas de mujeres (espacios de encuentro y formativos sobre cuestiones de género) o la asistencia a los Encuentros Nacionales de Mujeres y a distintas movilizaciones relacionadas con los derechos feministas, fueron también instancias que habilitaron el habla respecto de ciertos temas considerados tabú o motivo de vergüenza. Desde este lugar de complicidad y afectividad, surgió la posibilidad de realizar la investigación, buscando romper con las violencias epistémicas que muchas veces constituye el acto de objetivar al “otro” (Castro-Gómez, 2000; Spivak, 2002).

En el contexto de la entrevista las mujeres se sentían reconfortadas de poder contar de dónde venían y cómo era su familia y su trabajo. Aunque también surgieron historias que, además de que casi nunca habían sido contadas en primera persona, estaban cargadas de violencia y sufrimiento. Estas vivencias estaban atravesadas por una fuerte violencia patriarcal, así como la violencia económica y simbólica que les imprimía su origen pobre, campesino e inmigrante. La muestra se conformó por horticultoras del Gran La Plata que estuvieran dispuestas a contar la historia de su vida. Las entrevistadas tenían entre 21 y 52 años y, de manera emergente, pudimos diferenciarlas en dos generaciones. La primera corresponde a mujeres que llegaron a La Plata como migrantes (mayoritariamente bolivianas), mientras la segunda está integrada por quinteras que son hijas de migrantes (tanto si migraron de pequeñas como si nacieron en Argentina). Para este trabajo recuperamos las dimensiones de las entrevistas relacionadas con la trayectoria laboral, haciendo hincapié en la interdependencia entre esferas productiva y reproductiva, y las estrategias de negociación y conciliación al interior de los hogares.

A partir de las entrevistas biográficas realizamos un análisis sociohermenéutico de los discursos, es decir “un análisis pragmático del texto y de la situación social –micro y macro– que los generó” (Alonso, 1998: 211). Buscamos conocer los recorridos de movilidad social por la estructura hortícola desde la voz de las mujeres, recuperando cómo vivieron el paso por los distintos peldaños de la escalera boliviana. Analizamos sus experiencias y múltiples presencias en la quinta y en el hogar, donde los roles de quintera, esposa y madre se superponen, haciendo interdependientes a las esferas conceptualmente definidas como producción/reproducción. A partir del análisis comparado de los casos construimos distintos tipos de trayectorias de movilidad (ascendente, estable, descendente e intermitente) (Figura 3), que permiten comprender de manera cualitativa sus recorridos por la escalera boliviana.

Figura 3. Distribución de casos según trayectorias de movilidad

TIPO DE TRAYECTORIA	N° Entrevistas. Nombre, Edad, Tiempo de la migración. Estado civil, n° de hijos. Posición en la escalera
<p>TRAYECTORIAS ASCENDENTES</p> <p>TRAYECTORIAS ASCENDENTES</p>	<p><b>E6.</b> Nimia, 34 años, 10 en Argentina. En pareja, sin hijos. Productora con medieros/as.</p> <p><b>E22.</b> Miriam, 47 años, 23 en Argentina. En pareja, 4 hijos. Productora con medieros/as.</p> <p><b>E2, E11, E16.</b> Elisa, 41 años, 21 en Argentina. En pareja, 3 hijos. Productora con medieros/as E20. Cintya, 32 años, 10 en Argentina. En Pareja, 2 hijos. Productora sin medieros/as.</p> <p><b>E1, E10.</b> Elba, 39 años, 11 en Argentina. Separada/en pareja, 6 hijas. Productora, sin medieros.</p> <p><b>E24.</b> Elida, 42 años, 24 en Argentina. Viuda/En pareja, 3 hijos. Productora sin medieros/as.</p> <p><b>E4, E13</b> Carola, 30 años, 13 en Argentina. En pareja, 2 hijos. Mediera.</p> <p><b>E8.</b> Josefa, 29 años, 7 en Argentina. En pareja, 4 hijos. Productora sin medieros/as + mediera.</p> <p><b>E9.</b> Neida, 40 años, 23 en Argentina. En pareja, 4 hijos. Productor sin medieros/as.</p> <p><b>E19.</b> Delicia, 33 años, 16 en Argentina. En pareja, 2 hijas. Productora con peón + peona por razo.</p> <p><b>E7, E15.</b> Natividad, 37 años, 24 en Argentina. Separada, 6 hijos. Mediera.</p>
<p>TRAYECTORIAS DE REPRODUCCIÓN</p>	<p><b>E27.</b> Maribel, 37 años, 23 en Argentina. Separada, 3 hijos. Peona por razo.</p> <p><b>E2, E11, E16.</b> Sonia, 31 años, 17 en Argentina. En pareja, 3 hijos. Peona por razo.</p>
<p>TRAYECTORIAS DE DESCENSO</p>	<p><b>E26.</b> Lidia, 52 años, 41 en Argentina. Viuda, 5 hijos. Productora sin medieros/as.</p> <p><b>E25.</b> Laura, 42 años. Migró a los 2 años desde Tarija con sus padres. Casada, 2 hijos. Peona.</p> <p><b>E18.</b> Antonia, 43 años. Nació en Rosario. Separada/en pareja, 2 hijos. Peona.</p> <p><b>E23.</b> Gladys, 28 años, 13 en Argentina. Separada, 3 hijos. Mediera.</p> <p><b>E17.</b> Esther, 37 años, 7 en Argentina. Separada, 3 hijos. Peona por razo.</p>
<p>TRAYECTORIAS INTERMITENTES</p>	<p><b>E3, E12.</b> Rilma, 21 años, nació en Jujuy. En pareja, 1 hija. Productora sin medieros/as.</p> <p><b>E5, E14.</b> Gabriela, 24 años. Migró con su mamá desde Paraguay a los 14 años. En pareja con horticultor boliviano, 2 hijos. Productora con medieros/as.</p> <p><b>E9.</b> Jessica, 31 años. Migró a los 10 con su familia desde Potosí. Separada/en pareja, 2 hijos. Trabaja en la quinta familiar.</p> <p><b>E9.</b> Roxana, 29 años. Migró a los 10 con su familia desde Potosí. En pareja, 2 hijos. Trabaja en la quinta familiar y estudia enfermería.</p> <p><b>E22.</b> Cecilia, 24 años. Migró con 1 año desde Tarija con sus padres.</p>

	<p>Soltera. Trabaja en la quinta familiar y estudia magisterio.</p> <p><b>E26.</b> Ema, 34 años. Migró con 1 año con su mamá. Soltera. Trabaja en la quinta familiar.</p> <p><b>E26.</b> Marta, 28 años. Nació en La Plata. Soltera. Trabaja en la quinta familiar.</p>
--	---

Fuente: elaboración propia.

## UN ANÁLISIS INTERSECCIONAL DE LA ESCALERA BOLIVIANA DESDE LA VOZ Y EL CUERPO<sup>2</sup> DE LAS MUJERES QUINTERAS

En este apartado presentamos nuestro análisis de las experiencias de movilidad narradas por las mujeres quinteras. Inicialmente presentamos un esquema propio de la escalera boliviana, reconstruido a partir de las distintas posiciones por las que las entrevistadas pasaron a lo largo de sus trayectorias hortícolas. Particularmente problematizamos la movilidad ascendente, analizando la idea de “trabajar para sobrevivir” vinculada con los procesos de racialización.

En segundo lugar, explicamos las distintas trayectorias de movilidad, analizando las dimensiones relacionadas con la división sexual del trabajo.

### **La escalera boliviana: “trabajar para sobrevivir”**

Cada una de las mujeres entrevistadas fue narrando su trayectoria laboral y las distintas posiciones que ocupó en la horticultura. A partir de estos testimonios, complejizamos la estructura tradicional de la escalera incorporando algunos peldaños intermedios (Figura 4).

La distinción fundamental es el paso de ser proletarias o semi-proletarias campesinas (bajo distintas modalidades de venta de su fuerza de trabajo), a ser productoras familiares capitalistas, con control de medios de producción, integración en los mercados y posible contratación de fuerza de trabajo. Cabe destacar que en nuestro campo son productoras-arrendatarias, pues ninguna accedió a la propiedad de la tierra.

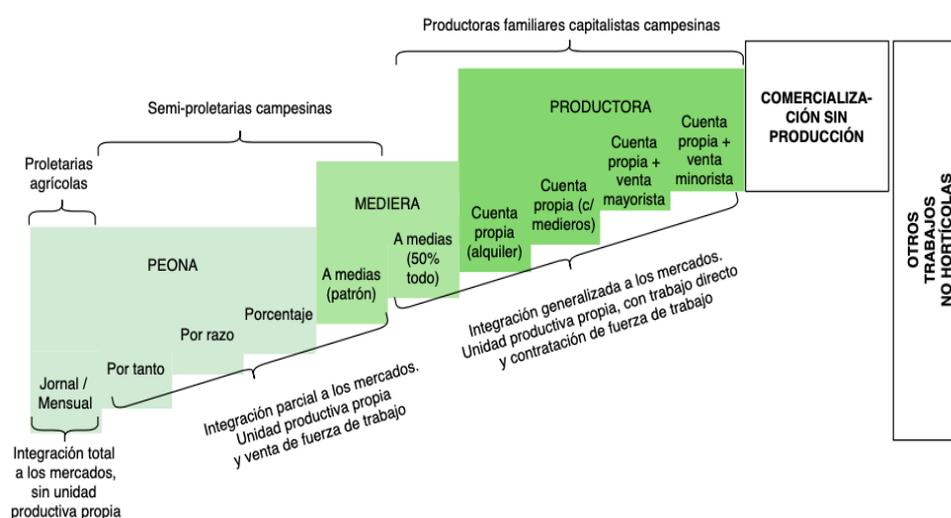
Ateniéndonos al lenguaje “nativo”, quienes se emplean a porcentaje (menor al 50%) o bajo otra modalidad de trabajo a destajo (por tanto<sup>3</sup>, o por razo<sup>4</sup>), no

<sup>2</sup> En las entrevistas, toda descripción de los puestos de trabajo era indisociable del esfuerzo, el sudor y el sacrificio involucrados. Para ellas no era algo liviano de contar y reflejaba una forma de “poner el cuerpo” para sacar adelante el proceso productivo y el sustento familiar, que no quisimos pasar por alto.

<sup>3</sup> “Por tanto” se refiere a una forma de contratación, generalmente utilizada para cumplir tareas específicas, remuneradas a destajo en función de la cantidad de trabajo realizada. Por ejemplo, tantos surcos carpidos, tantas plantas desbrotadas.

son consideradas medieras. Por lo tanto, fueron clasificadas como peonas (semi-proletarias) en distintos escalones según el nivel de autonomía, duración de los contratos (siempre “de palabra”) y remuneración.

Figura 4. Esquema propio de la escalera boliviana



Fuente: elaboración propia en base a Murmis (1991), Benencia y Quaranta (2006) y García (2011).

La mediería, al igual que lo reseñado por la bibliografía, constituye un escalón “bisagra” en el cual ejercen como responsables de una parcela productiva, pero sin tener que realizar inversiones iniciales ni llevar adelante la administración de la quinta y la comercialización. A pesar de tratarse de un vínculo supuestamente asociativo, la relación entre ambas partes es de subordinación y en general quien aporta el capital es considerado (y ejerce) como “patrón/a”.

Tanto las posiciones de peona como la de mediera reproducen condiciones de fuerte explotación laboral, jornadas de más de 10hs, bajas remuneraciones y muy precarias condiciones habitacionales. Todas las entrevistadas lo describen como un trabajo muy sacrificado.

<sup>4</sup> “Por razo” se refiere a un contrato para atender determinado cultivo durante todo el ciclo productivo. La remuneración es a destajo en función de la cantidad de kg cosechados, por ejemplo, un valor fijado al inicio de la temporada por cada cajón de tomate cosechado, independiente del valor de venta. Esto implica, además, pasar varios meses trabajando sin cobrar.

“El capataz, era jodido (...) Nosotros nos poníamos a trabajar, hasta que se nos ampollaban las manos (...) Y muchas veces te trataba bien, muchas veces te trataba mal (...) Los capataces hacían lo que querían con uno, directamente. (...) Y tenés que aguantar. Todo por el trabajo. (...) Nos dieron así una piecita bien chiquita donde no tenía nada. No teníamos ni colchón, ni cocina, ni ollas, ni nada. ¡Nada! Dormíamos en las jaulas” (Delicia, E19)

“Muy cansador es, porque imaginate sacás carga todos los días, a veces hasta tarde, a veces estás con los chicos al lado, ya tienen sueño, tienen hambre, están sucios, tenés que bañarlos, o no tenés en dónde bañarlos. No tenés ni una ducha, ¡ni una ducha! tenés que calentar agua al fuego. Y a veces uno está cansado...” (Gabriela, E5)

El pasaje de mediera a productora-arrendataria, implica un cambio de posición en los términos de la relación capital-trabajo. Para todas, este tránsito supuso un paso importante en sus trayectorias productivas. Trabajar por su cuenta implica dejar de ser empleada, e incluso en ocasiones, convertirse en patrona. Esto presenta sendas ventajas, como la posibilidad de manejar los propios tiempos, poder salir de la quinta libremente, decidir qué plantar y a quién vender, sin sufrir engaños en los precios.

“No es como estar uno con patrón. Vos si vos querés por ahí salís, si vos querés trabajar, trabajás; querés dormir una hora más, podés dormir... (...) trabajar por tu propia cuenta ya es como que vos vendes la verdura y sabes a cuánto lo vendes. (...) En cambio el patrón no, porque él vende, (...) después te pasa la boleta. Y vos qué sabes, te dice que le han pasado a 3\$, 4\$... es poquito para guardar, al 30%...” (Elida, E24)

Autogestionar la quinta también obliga a tomar las riendas del proceso productivo: planificar, invertir, comercializar, asumir todos los riesgos. Si bien para la mayoría el primer período fue duro, con inexperiencia, endeudamiento y mucha incertidumbre, señalan que con el tiempo pudieron capitalizarse, armando invernaderos, comprando maquinaria y/o vehículos, e incursionar también en la comercialización mayorista o minorista.

Esto no quita, sin embargo, que el ritmo de trabajo disminuya. Convertirse en sus propias patronas requiere de una gran autoexplotación para poder sostener el carácter intensivo de la actividad y los altos niveles de inversión en tecnología e insumos, mayormente importados. Esto sumado a la crisis y el carácter bimonetario de la economía argentina, y el valor del arrendamiento de las tierras, supone una traba para la mejoría de las condiciones de vida, que

continúan siendo sumamente precarias, reproduciendo la idea de que trabajan “para sobrevivir”. Lo cual representa, además, una transferencia de ingresos desde la esfera reproductiva hacia la productiva.

“Por más que hagas un montón de plata, pero... Se te va todo en invertir (...) y lo que sacaste, apenas queda de vuelta para eso y para comer, nada más. No hay más ahorro. (...) trabajás y no tenés. Justito para el mes, y de vuelta para plantar, de vuelta para el tractor, de vuelta para el alquiler, de vuelta para luz. Y... no da!” (Carola, E4)

“Las cosas están re caras, no me gusta que el dólar ha subido, todo está caro (...) la plata que tenemos... no rinde para nada. Apenas para sobrevivir y mantener la quinta, nada más. Ya cuando vos querés comprarte algo, ya no...” (Elba, E1)

Es a partir de esta idea de “trabajar para sobrevivir” que relativizamos los procesos de movilidad ascendente, en el sentido de que no necesariamente representan un cambio significativo en materia económica y social. Más allá del cambio de posiciones (como peona, mediera o productora), continúan insertas en las clases más desfavorecidas de la estructura social.

Esta particularidad de un sector productivo altamente dinámico y esencial, como la agricultura, se replica en distintos enclaves agrícolas a nivel global, y puede explicarse a partir de la idea de colonialidad del trabajo (Avallone, 2018). Procesos de jerarquización social que determinan que las actividades cercanas a la reproducción social (los cuidados, el trabajo doméstico, o la producción de alimentos) sean las más desvalorizadas socialmente, y sean realizadas a su vez por personas también inferiorizadas (como migrantes, poblaciones indígenas, mujeres pobres).

Los/as quinteros/as con quienes convivimos en el Gran La Plata constituyen, a través de la migración desde Bolivia y mediante su inserción en horticultura, lo que, siguiendo a Sayad (2010) hemos denominado “cuerpos-trabajo”. Sujetos que valen en la medida en que su cuerpo se involucra directamente en los procesos productivos y que son considerados por su capacidad de trabajo físico, como mercancías. Su presencia migrante, al mismo tiempo que actualiza el mito de la “Argentina blanca” (los indígenas son “los otros”), representa una suspensión de su condición de humanidad (Mbembe, 2016). En varios relatos encontramos una oposición entre “trabajo” y “vida” que marca el carácter –inicialmente– excepcional y temporal de la migración. “*Qué sé yo, aquí uno está por el trabajo. Después para vivir, vivir para siempre, sería en Bolivia*” (E6), relataba Nimia, una productora que lleva

10 años en el país. Como si la vida se pusiera en suspenso mientras intentan juntar el dinero necesario para poder vivirla.

Las condiciones laborales de sobreexplotación (jornadas extensas, con temperaturas extremas, manipulando productos tóxicos sin protección adecuada, entre otras) normalizadas tanto por patrones/as como por trabajadores/as –aunque sufran por ello–, expresan el régimen de subhumanidad que rige en la horticultura. Las propias condiciones de opresión dificultan, precisamente, nombrar a estas formas de violencia y explotación que constituyen la subalternidad (Spivak, 2013). Asumir ese lugar de inferioridad es muchas veces una estrategia de supervivencia, una forma de resistir en el día a día (“*y tenés que aguantar, todo por el trabajo*”); aunque también puede conducir a la naturalización de las desigualdades.

“Hoy por hoy no se gana casi nada, se gana bien poco. Pero para sustentar la familia sí, eso es lo importante, que por lo menos haiga para que coman ellos, nosotros, bien... Que no será: bueno, lindo, buena, buena comida, pero... eso es lo que te lleva tranquilidad también.” (Miriam, E22)

En la respuesta de Miriam observamos una naturalización (parcial) de las condiciones de precariedad material –ya que aclara: “*no será buena, buena, comida, pero... lo importante es que haiga para que coman*”–. Entendemos esta aceptación como un mecanismo disciplinador incorporado, pero al mismo tiempo como una estrategia de supervivencia en el marco de una situación de vulnerabilidad, necesaria para no desbordar, persistir y seguir adelante, aspirando a mejorar.

Veamos a continuación las distintas experiencias de las mujeres al transitar por la escalera.

### **Interdependencia producción/reproducción: una clave para comprender la posición de las mujeres en las trayectorias hortícolas**

Para analizar las trayectorias de movilidad de las mujeres por la escalera boliviana, complementamos los trabajos precedentes –que han abordado fundamentalmente las estrategias capitalistas y campesinas desplegadas por las familias hortícolas–, con la mirada puesta en la interdependencia entre la esfera productiva y reproductiva. La hipótesis de fondo sugiere que las actividades productivas –en este caso, la horticultura– se sostienen no solo a partir de la fuerza de trabajo remunerada (o considerada como “trabajo”) que realiza labores físicas en el campo o administra la quinta, sino en buena medida gracias a una ingente cantidad de trabajo no remunerado ni reconocido, realizado por las mujeres a partir de una doble jornada laboral. Se

trata de todas las tareas domésticas y de cuidados que permiten la reproducción social de las familias hortícolas (y por ende de la fuerza de trabajo que labra y posiblemente labrará estas tierras). Señalamos, además, que este trabajo feminizado, efímero, invisible y en ocasiones hasta desvalorizado, representa la principal variable de ajuste en la economía familiar, y una fuente de ahorro a partir del cual consiguen capitalizarse y ascender socialmente.

Identificamos 4 tipos de trayectorias: ascenso, reproducción, descenso e intermitencia (Figura 3). Mientras las trayectorias ascendentes configuran los casos típicos y más frecuentes (11 casos), las trayectorias de reproducción y de descenso social se presentan como desviaciones (2 y 5 casos respectivamente) que permiten comprender las particularidades que obturan la aspiración de ascenso social que las caracteriza. Las trayectorias intermitentes, que implican entradas y salidas de la actividad hortícola, corresponden fundamentalmente a la segunda generación (7 casos) y ameritan un análisis aparte.

Para ir afinando la mirada en relación a esta interdependencia producción/reproducción, observamos tres factores principales que inciden en la división sexual del trabajo al interior de estas familias, cuya particularidad es que no solo conviven sino también trabajan juntas. Cabe recordar que esta forma de organización familiar/laboral de la cual pende la economía del hogar se rige no solo por relaciones jerárquicas (como puede ser la de patrón/empleador) sino también por afectividad y múltiples formas de dependencia emocional que complejizan estos vínculos. Lo que denominamos previamente como “conflictos cooperativos”. El primer factor tiene que ver con la conciliación y las formas de negociación al interior de las parejas. El segundo con la conformación y el momento del ciclo de vida familiar. Y el tercero con la posición de retirada de las mujeres.

*Conciliación y formas de negociación al interior de las parejas:* La división sexual del trabajo remite a la particular forma de organizar y repartir el trabajo al interior del grupo familiar. En nuestro caso de estudio se trata mayormente de familias estructuradas a partir de una jerarquía heteropatriarcal en la cual, en general, los varones-esposos son considerados “los productores” mientras las mujeres, si bien trabajan a la par en las tareas productivas, se desempeñan como las principales responsables del trabajo doméstico y de cuidados. Reproducen estereotipos de género tradicionales que redundan, al final de cuentas, en una doble jornada laboral femenina, naturalizando la asociación entre servidumbre, cuidados y feminidad (Federici, 2013).

Para analizar las particularidades que adquieren estos vínculos en la horticultura construimos un tipo-ideal que condensa las relaciones de dominación en el hogar en torno a una autoridad patriarcal. El “marido-patrón” es un hombre que en la quinta y en el hogar actúa como “jefe”, monopolizando los recursos económicos y productivos, tomando las decisiones, controlando los tiempos de trabajo y de descanso, desentendiéndose de las responsabilidades de cuidados, e incurriendo en distintas formas de violencia para imponer su autoridad. Como veremos con los ejemplos, el marido-patrón adopta diferentes matices en función de la situación.

La contracara del marido-patrón es, generalmente, la “madre-esposacuidadora”, una mujer a la que, por su condición femenina, se le adjudican todas las tareas del hogar y la crianza, sin ser recompensada moral ni económicamente por ello. Asimismo, su papel en la producción es invisibilizado o subvalorado, al ser considerado como una ayuda del trabajo de los varones. En casos extremos, sin embargo, el tipo-ideal es el de la «esposa-sirvienta», una mujer que, además de ser la responsable exclusiva de la esfera reproductiva, no tiene autonomía por fuera de los vínculos conyugales y vive sometida a una fuerte presión psicológica e incluso a violencia física/sexual.

*Composición y ciclo de vida familiar:* La relación entre el número de miembros dependientes y que aportan fuerza de trabajo es clave para analizar la división sexual del trabajo y sus transformaciones a lo largo del tiempo. En las etapas de “expansión” familiar, generalmente se conjugan los primeros embarazos y la crianza de niños pequeños con el inicio de la trayectoria laboral (primeros escalones, inexperiencia del oficio). Esto implica posiciones de alta vulnerabilidad y dependencia para las mujeres –quienes en general son también muy jóvenes y acaban de migrar–, dando lugar a una exacerbación de la figura autoritaria del marido-patrón. En todos los casos, la maternidad constituye un punto de inflexión en sus trayectorias, y es definida como una pérdida de libertad, dado que obtura otros horizontes vitales posibles, marcando el inicio del rol asociado a los trabajos de cuidados.

Con el crecimiento de los hijos, la consolidación de la pareja y también la propia maduración de las mujeres en sus roles familiares, en general ellas van ganando cierta autonomía y adquiriendo una mejor posición para negociar los acuerdos laboral-conyugales. Así, el paso del tiempo se configura como una variable clave (aunque no la única, ni la más importante) para comprender las transformaciones en las posiciones relativas de las mujeres en la organización familiar. Por otro lado, observamos que cuando la migración y el inicio en la actividad hortícola de la pareja se da después de haber tenido hijos, las

mujeres se encuentran en una mejor posición a la hora de negociar cuestiones relacionadas con la conciliación y la división sexual del trabajo.

*Posición de retirada:* La combinación de las posiciones relativas de las mujeres en los acuerdos conyugales y en el ciclo de vida familiar, permiten analizar su “posición de retirada”. Es decir, los recursos con los que cuentan para negociar en el hipotético caso de enfrentar una ruptura en las relaciones matrimoniales (Deere, 2012). El argumento es que mientras mayores recursos tenga la persona para desarrollarse por fuera de la unidad doméstica, mayor será su autonomía económica y mayor será su poder de negociación e influencia dentro del hogar.

Los elementos constitutivos de esta posición son: la propiedad y control de activos económicos (como ahorros, tierras, contratos de alquiler, vehículos, maquinaria); su acceso al trabajo y otras fuentes de ingreso (conocimiento del oficio hortícola); y la posibilidad de acceder a recursos y apoyo (económicos, sociales, emocionales) de la familia extendida o de la comunidad.

Cabe mencionar que las redes juegan un papel fundamental para la posición de retirada de las mujeres. Si al migrar solo cuentan con redes provenientes de la familia de él, esto fortalece la posición dominante del “marido-patrón”. Mientras que aportar contactos propios permite a las mujeres acceder a mayor información y participación en los procesos productivos, además de contar con vínculos de confianza en caso de conflictos conyugales o necesidades de cuidado.

A este respecto, la participación en una organización gremial constituye también un punto de inflexión en la mayoría de las trayectorias analizadas. Tanto por el hecho de ampliar los círculos de sociabilidad más allá de los vínculos estrictamente familiares, como también, desde el punto de vista político-ideológico, proporcionando argumentos para desnaturalizar tanto la opresión patriarcal como la explotación laboral.

### **Trayectorias ascendentes**

Las trayectorias ascendentes son aquellas en las cuales la posición final es superior a la inicial, pudiendo ser recorridos lineales o combinar el ascenso con algunos descensos intermedios. La mayoría de las entrevistadas de este grupo ocupa el peldaño más alto de la escalera como productora-arrendataria. En estas trayectorias es donde la lógica productivista –basada en la autoexplotación, la reinversión productiva y la contracción del consumo– sustentada en la doble jornada laboral femenina se evidencia de manera más exacerbada.

Cuando indagamos en la división sexual del trabajo, todas relatan claramente que son las responsables de todos los trabajos domésticos y del cuidado de los hijos; y cuando los maridos realizan alguna labor, en general esto es considerado como una “ayuda”. La mayoría justifica que no participen de las tareas del hogar porque, al mismo tiempo que ellas cocinan, limpian o lavan, ellos están realizando otras tareas (generalmente productivas “*se queda hasta más tarde en el trabajo*” E22). Sin embargo, hilando un poco más fino, encontramos que cuando ellos terminan su jornada laboral y regresan al hogar, no se ponen como ellas a “hacer algo”, aun cuando queden tareas domésticas por concretar. Más bien esperan a que ellas (o sus hijas) las realicen. Solo realizan cuestiones puntuales e individuales (como lavarse su propio calzado, o prepararse una comida si ellas no están), pero no lo asumen como una responsabilidad colectiva necesaria para la manutención de todo el grupo familiar.

“El trabajo de la casa siempre mayormente lo hago yo. Por ahí a veces él sí me ayudaba a veces a lavar un plato, una olla... pero no, como yo tenía a mis hijas, ellas me ayudaban. (...) La ropa siempre lo lavaba yo, pero él se iba a trabajar también. Y eso nada más. A veces las zapatillas sí se lava. (...) Pero otra ropa no. Siempre esa parte lo lavo yo.” (Miriam, E22)

En los relatos, el trabajo doméstico es considerado por ellas como un trabajo, y explicitado de ese modo. Cuando les pido que me expliquen en qué consiste su jornada laboral, intercalan las tareas productivas, domésticas y de cuidados como parte de su día de trabajo. Esto no siempre sucede con lo que los hombres entienden por “trabajo”. El marido de Cyntia es un agricultor más experimentado que ella, entonces siempre le recalca que él trabaja más y mejor en la quinta. Pero, además, comportándose como marido-patrón, desprecia el tiempo y esfuerzo que ella dedica al resto de tareas y a la crianza de sus dos hijos, quejándose de que no trabaja lo suficiente:

“-¡A él le gusta [el campo]! A mí igual me gusta. Sólo que el trabaja rápido. Yo soy más lenta. (...) [En la quinta] los dos hacemos. Si tenemos que hacer perejil, estamos los dos. O si una vez él tiene que hacer alcaucil, va él y yo voy a pelar verdeos. Sino él está curando, yo estoy cocinando.

-¿Y para las tareas de la casa?

-(risa tímida) Ah, no ¡yo hago todo! A veces me canso. Y peleamos porque a veces estoy lavando ropa, y después tengo que ir a la quinta, y me dice que ‘¿Por qué no has ido?’ Y yo le digo ‘Porque estaba lavando ropa’ ‘¡Ah, eso no es nada!’ No lo valora.” (E20)

En relación a la importancia del paso del tiempo, observamos que durante los años de mayor intensidad de cuidado infantil, los cónyuges colaboran en cierta medida con las tareas domésticas o los cuidados. Aunque a medida que les hijos van creciendo, estas tareas recaen –de manera cuasi-obligatoria– en las esposas o en las hijas mujeres. Así lo explica Neida, quien al comienzo de su trayectoria tuvo 4 hijos (los dos últimos mellizos):

"[Antes] él igual se quedaba con los chicos... cocinaba, todo. Ahora nomás es que no ayuda. Está mi hija, que hace todo. Pero ya él no cocina. Porque él no quiere... cuando tenemos que ir a alguna parte dice: 'No, la una se queda a cocinar y la otra va'." (E21)

En este relato queda en evidencia la posición del marido-patrón, controlando el uso del tiempo y la movilidad de las mujeres de la casa para garantizar que cumplan con el trabajo doméstico.

En las trayectorias ascendentes, la principal característica es la priorización de la dimensión productiva por encima de todo para intentar ascender por la escalera. Se trata de una estrategia que implica la inversión de todos los ahorros familiares, el endeudamiento y muchas veces la asunción de grandes riesgos. Las mujeres participan, con mayor o menor nivel de acuerdo, de estas decisiones productivas, cuya contracara es la des-inversión en la esfera de la reproducción social, manteniendo a las familias en condiciones de precariedad. Mientras algunas lo deciden junto a sus parejas y, reflexivamente, se lamentan de tener que llevar a sus hijos a la quinta para poder trabajar, o de no poder ofrecerles una buena comida; otras manifiestan su disconformidad, pero acaban acompañando las decisiones de sus maridos para no romper la familia. Esto pone de manifiesto su limitado poder de negociación en el marco de los acuerdos conyugales. Veamos un ejemplo.

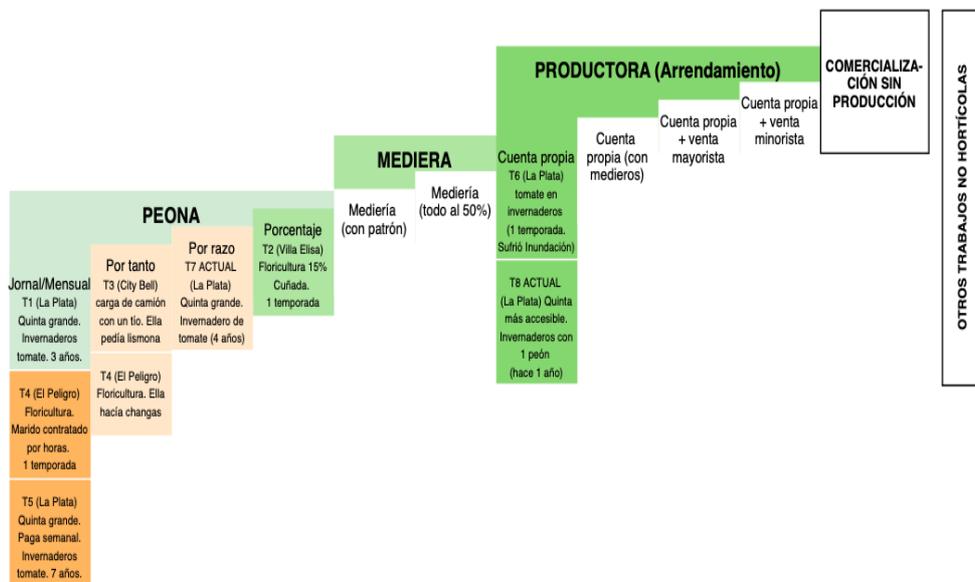
Delicia y Carlos trabajaron por varios años como peones en una quinta grande de tomates, donde ganaban poco pero tenían un salario asegurado. Influenciado por sus hermanos, quienes ya eran productores, y confiado en su *expertise* con los tomates, una temporada Carlos decide que quiere independizarse y alquilar una quinta. Delicia no estaba segura de asumir este riesgo, empeñando todos los ahorros y endeudándose para incursionar en una plantación propia, pero él la presiona: "*¿Te quedas o vas conmigo? Yo ya me decidí. Me voy yo a hacer quinta.*". En ese momento tenían dos hijas pequeñas, y una era muy apegada con el padre. Además, los ahorros eran de ambos, y no acompañarlo significaba, para ella, "*perderlo todo*".

¿Y entonces yo qué hago? Es lo que más me duele a mí porque en mi cabeza no cabe separarme de ninguna de mis hijas. Entonces digo 'No. Y, te sigo' le digo '¿Qué vamos a hacer?' La plata era de los dos, pero bueno... Ganamos una buena plata, ¡invertimos todita allá! (...) Y hasta el momento

no nos viene acompañando nada bien (risas nerviosas). Seguimos remando, pensando en mis hijas, pero hasta ahora seguimos trabajando. No nos fue nada bien.” (E19)

Esa temporada una inundación les afectó toda la plantación, perdiendo las inversiones realizadas. Al año siguiente continuaron alquilando, pero regresaron también a emplearse como peones “por razo”, intensificando la jornada laboral para poder contar con ingresos garantizados mientras continúan arriesgando en la producción por cuenta propia. En este ejemplo observamos cómo los arreglos maritales y laborales se entrecruzan, atravesados por relaciones de poder basadas en la dominación patriarcal.

Figura 5. Trayectoria de Delicia: ascenso con descensos<sup>5</sup>



Fuente: Elaboración propia en base a E19.

### Trayectorias de reproducción social

<sup>5</sup> Referencia de los gráficos de trayectorias hortícolas:

- T1=1º trabajo, T2=2º trabajo, y así sucesivamente.
- El color verde indica ascenso, y la intensidad del color marca ascensos sucesivos por la escalera.
- El color naranja indica descenso, y la intensidad del color marca descensos sucesivos por la escalera.

Las trayectorias de reproducción social son bastante atípicas en la horticultura, caracterizada por la frecuente movilidad. En este caso observamos qué sucede cuando las mujeres renuncian a la doble jornada laboral impuesta por la lógica productivista, y se afianzan en el lugar de madres-esposas-cuidadoras procurando garantizar el bienestar de sus familias con los limitados recursos que poseen.

Se trata de las trayectorias de dos hermanas que han trabajado los últimos 15 años como peonas “por raso”. Sonia está en pareja con Daniel y tienen 3 hijos. Maribel, en cambio, recientemente se separó del padre de sus 3 hijos. En vez de aventurarse en el alquiler de tierras propias, estas familias se han aferrado a los ingresos estables que les provee ser peonas, priorizando la posibilidad de conciliar trabajo y vida familiar. Destacan que han decidido ejercer una crianza más presente y cariñosa que la que ellas recibieron en su infancia, en la cual su padre y su madre se ausentaban frecuentemente. Reconocen que si bien no obtienen grandes ganancias, consiguen cubrir sus necesidades básicas y que a sus familias “*no les falte nada*”.

“[Lo que ganamos] Es poco... es poco, pero se vive. Se sobrevive. (risas) No es que tenés para decir: ‘Ahorro para el día de mañana tener un lotecito o para darle...’ No, pero no nos falta nada. En invierno no nos falta nada, para comer no nos falta.” (Maribel, E27)

En términos de división sexual del trabajo, los varones son los principales responsables de las tareas productivas, mientras ellas priorizan sus funciones de madres y amas de casas, limitando la autoexplotación que observamos en otros casos. Es decir, trabajan en la quinta, pero lo hacen cuando terminan con sus tareas del hogar y no a la inversa.

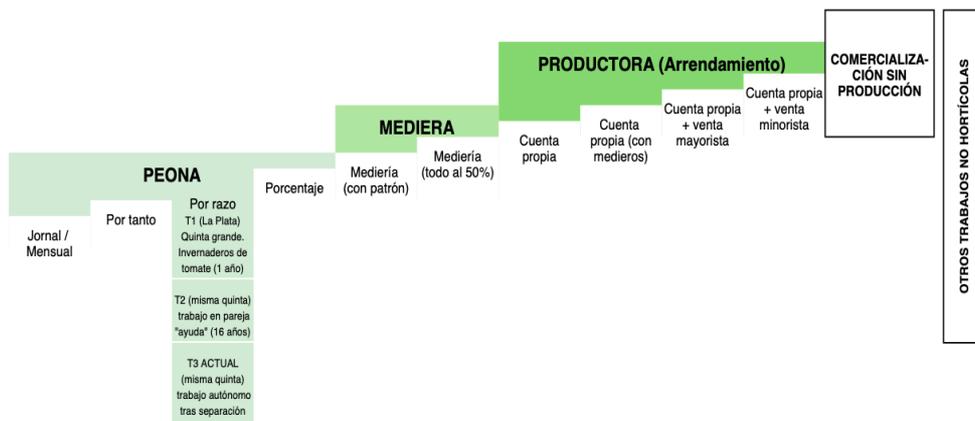
Sonia señala que su marido cuando regresa de la quinta le “*ayuda*” en cuestiones puntuales, y que se siente valorada por el trabajo doméstico que realiza. Mientras Maribel, quien durante 5 años (mientras sus hijos no estuvieron escolarizados), realizaba solo tareas puntuales en la quinta, debía enfrentarse a las exigencias de un trato servicial por parte de su pareja, comportándose abiertamente como un marido-patrón:

“No, no, él nunca hizo nada [de tareas domésticas]. (...) Siempre se terminaba discutiendo. ‘Hacelo vos... ¿Querés ese plato limpio, ese mismo vaso y no otro: ese? ¡Andá a lavártelo!’ (...) Yo nunca me le callé. Siempre de frente. Y él quería todo, tener la comida, las servilletas, los vasos, el jugo en la mesa... ‘¿También vas a querer que te sirva yo? Con el bebé a upa, sirviendo la comida ¡Agarrá solito!’ Le digo. Él estaba trabajando y yo estaba en la casa. ¿Qué tiene que ver eso?” (E27)

Entre las características de este marido-patrón destacan, además, la decisión unilateral del destino de los ahorros de ambos (cambiando cada año el modelo de la camioneta, vehículo del que Maribel, por no saber conducir, no podía usufructuar); y el control ejercido hacia ella en todos los ámbitos de su vida. Como explicaba su hermana: “no salía a ningún lado, no. Su casa, su marido, su quinta y listo. Cuando salía era al supermercado, al hospital, y ya está. (...) Él no quería ni saber que vaya a las reuniones, no” (E27). Hace un año, y sobre todo a partir de la participación en grupos de mujeres, Maribel decidió separarse. Explica que desde entonces su vida “cambió en todo, en todo, para bien”.

En términos de movilidad social, si bien permanece en el mismo escalón, trabajando como peona “por razo”, cualitativamente su posición se ha transformado radicalmente: es económicamente independiente, es decir, puede decidir en qué gastar o invertir su dinero; no se ve en la obligación de tener que “servir” a nadie en casa; comparte ciertas tareas relacionadas con la crianza de los hijos; y además ya nadie controla sus horarios, si sale de casa o a qué hora regresa.

Figura 6. Trayectoria de Maribel: reproducción



Fuente: elaboración propia en base a E27.

### Trayectorias descendentes

Las trayectorias descendentes permiten analizar las distintas circunstancias que frustran las expectativas de ascenso social presentes en los proyectos laborales. Encontramos que tras recorridos ascendentes, ciertos factores

contingentes ligados a gajes del oficio (inundaciones, plagas); a robos, timos o estafas; o a situaciones familiares (muertes, enfermedad, separación), pueden desencadenar un descenso por la escalera, fundamentalmente cuando se combinan entre sí y/o con un contexto macroeconómico adverso. Nos detendremos puntualmente en el análisis del descenso tras separación, pues se configura como un prototipo para comprender el peso de las relaciones de género en la posición social de las mujeres y su movilidad.

Las trayectorias hortícolas antes de la separación (y el descenso) son típicamente lineales ascendentes, pero signadas por un marido-patrón exacerbado: asumen un lugar de poder despótico en la familia y el trabajo, monopolizando los recursos económicos, que consideran propios, y desvalorizan constantemente a “sus” mujeres, denigrándolas como trabajadoras y como personas. Ellas trabajan a la par pero no pueden disponer libremente del dinero que ganan, debido al acuerdo (tácito o más o menos establecido) de que deben intentar ahorrar lo máximo posible para continuar reinvertiendo en la producción. En el hogar, bajo este vínculo jerárquico la feminización de los trabajos domésticos y de cuidados es absoluta, recrudesciendo la doble jornada laboral. Ninguna de las entrevistadas de este grupo matizó la posición dominante de sus parejas en el hogar (mencionando que “ayudaran” o valoraran su trabajo). Al contrario, expresaban su cansancio y sensación de injusticia frente a esta situación que, en el día a día, no conseguían modificar. *“Cuando una se junta, como que perdiera”* (E23) reflexionaba Gladys, ya que a ella por ser mujer le tocaba hacer todo, nunca tenía tiempo libre; mientras él iba a jugar al fútbol los fines de semana.

En las trayectorias que terminan en separación, con el paso del tiempo las parejas van cimentando modos de relacionarse que naturalizan el maltrato, el autoritarismo y la tensión. El hecho de que estos vínculos conyugales y laborales se desarrollen fundamentalmente en la esfera privada, en el relativo aislamiento de los contextos rurales, y muchas veces bajo la condescendencia de los parientes de él, hace que las violencias no sean problematizadas por ellas o por el entorno más cercano. En los relatos identificamos distintos tipos de violencia que, perpetuadas en el tiempo, tejían vínculos basados en el miedo y en la dominación:

- *Violencia psicológica y emocional*, a través de la desvalorización constante, destruye la autoestima de las mujeres, al punto de que no se consideran capaces de salir de esta situación, ni de pedir ayuda, ni merecedoras de respeto y afecto.

- *Violencia económica*, generando situaciones de dependencia que las mantiene materialmente en una posición de subordinación y pobreza material.

- *Violencia sexual*, que, aunque no siempre reconocido por ellas, consideramos que ejercían, debido a que todas se quedaron embarazadas en los períodos de mayor tensión en la pareja, lo cual además de humillarlas y condensar esta “supremacía masculina”, las deja en situación de tener que garantizar los cuidados y supervivencia de un bebé, bajo esas condiciones materiales y psicológicas.

- *Violencia física* es el caso más extremo, poniendo en peligro su integridad. Es ejercida directamente contra sus cuerpos o también en el acto de romper objetos o prenderlos fuego.

- *Violencia institucional*. Los casos en que las mujeres intentaron judicializar la situación, haciendo una denuncia y/o solicitando una restricción perimetral en los casos de violencia física, los resultados fueron nulos, tanto por la dificultad de llevar el proceso hasta el final, como por la propia negligencia policial/judicial.

La posibilidad de poner en palabras estas situaciones de opresión –en estos casos a partir de la participación en grupos de mujeres y en talleres sobre género– fue el punto de partida para plantear la separación como una posibilidad.

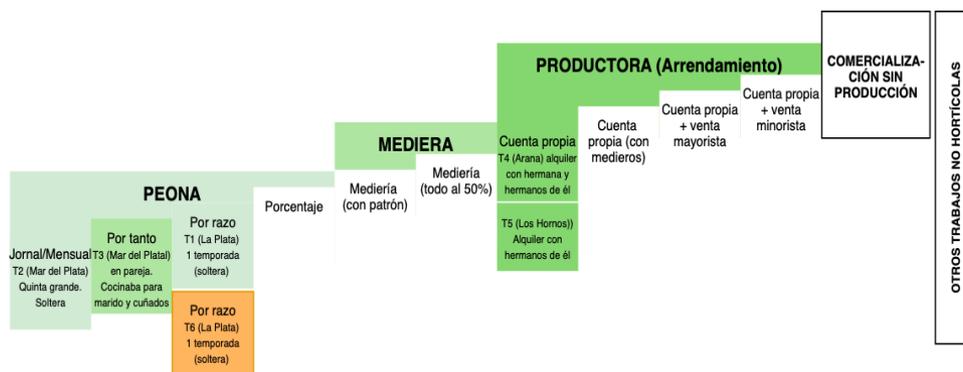
“A ronda de mujeres, fui. Ella dijo ‘Ni la vecina, ni tu cuñada, ni tu cuñado, ni tu marido, no pueden maltratarte’(…) Entonces dije ‘¿Qué hago yo? Seis años sufriendo. Discutiendo. Y ni como siquiera.’ A veces días ni comía siquiera. Discutía... (...) Pensándole bien, recién me doy cuenta yo, me digo ‘Por ahí él no me quería, o por ahí no le quería a su hijo. No me quería directamente como mujer a mí’. Entonces yo por ese lado digo ‘Ah, me separo ahora igual’. Y si no nos quiere a nosotros, no valora cómo nosotros trabajamos...” (Esther, E17)

Esther convivió más de 10 años con una pareja que la desvalorizaba, con quien tuvo 2 hijos. Fueron primero peones y luego alquilaron, junto a los hermanos de él y sus parejas, una quinta para producir por cuenta propia. Cuenta que además de trabajar en la quinta, lavaba y cocinaba para todos/as, pero no obtenía reconocimiento por ello. Al contrario, no se llevaba bien con las cuñadas y esto le generaba conflictos con su pareja, con quien tenía una relación cada vez más distante. En ocasión del nacimiento de su segundo hijo, prematuro, pasó 3 meses en el hospital sin que prácticamente la visitara, porque tenía mucho trabajo. Tampoco recibió nunca dinero por su trabajo en la quinta. La decisión de separarse, significó irse de la quinta para trabajar como peona, sin llevarse nada de lo que habían comprado juntos esos años (tractor, vehículo, herramientas). Con ayuda de la organización consiguió el apoyo moral y logístico para montar una pieza donde vivir junto a sus hijos.

Más allá del nivel de consciencia que tengan sobre la violencia de la que forman parte, para estas mujeres tomar la decisión de separarse no resulta una decisión fácil por muchas razones. Por un lado, terminar la relación significa “irse” dejando atrás años de sacrificio y de trabajo que les han permitido sacar adelante la producción, comprar maquinarias, herramientas y vehículos. En general, este patrimonio no está a nombre de ellas y tampoco están casadas legalmente, por lo cual es prácticamente imposible que, sin la voluntad de ellos, accedan a algo de ese capital por una vía judicial. Por otro lado, “irse” significa volver a empezar, generalmente sin dinero para invertir (ni siquiera para buscarse un lugar donde vivir), contando solo con su fuerza de trabajo – desvalorizada por el hecho de ser mujeres– y debiendo criar y sustentar económicamente a los hijos. Pero además, “irse” supone cargar con el estigma de “mala madre” (quien separa a la familia, aleja a los hijos de su padre, crea conflictos) y enfrentarse al “qué dirán” de la familia y la comunidad que les rodea.

En términos de movilidad social, para las mujeres la separación supone una caída drástica por la escalera. Después de haber llegado a ser productoras-arrendatarias, vuelven a empezar por el primer escalón como peonas. A pesar del descenso por la estructura social para ellas esta nueva posición –por fuera de las restricciones que les suponía ser la esposa-sirvienta–, les permite disponer libremente de su fuerza de trabajo, su tiempo y su dinero.

Figura 7. Trayectoria de Esther: descenso tras separación.



Fuente: elaboración propia en base a E17.

### Trayectorias intermitentes

El último grupo de trayectorias no encaja directamente en la escalera boliviana, debido a que en sus recorridos laborales entran y salen de la

actividad hortícola. Está compuesto por la segunda generación de horticultoras, es decir, quienes se criaron en Argentina y en el seno de familias hortícolas. Para ellas la quinta fue su medio natural durante la crianza, conocen el oficio, y es para ellas un *“lugar seguro”*, una alternativa laboral a la que siempre pueden regresar.

Más allá de que en las familias se transmiten la mayor parte de los mandatos de género que acentúan el rol de madre y esposa, también se esfuerzan para que sus hijas estudien y puedan dejar de realizar un trabajo *“sucio”* y a la intemperie. A diferencia de sus madres (la mayoría no terminó la primaria) todas completaron el secundario, y muchas se inician en educación superior. Esto no les garantiza, sin embargo, un acceso al mercado de trabajo con mejores condiciones que la generación anterior.

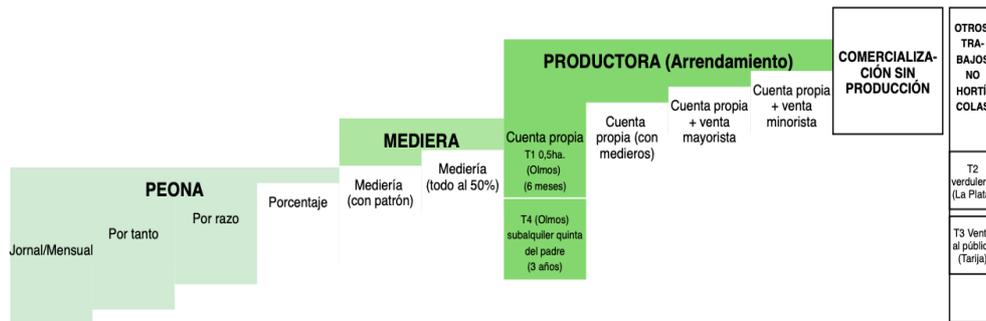
En estos recorridos intermitentes se repite un patrón sexo-racial en el cual se insertan siempre en nichos precarizados destinados a migrantes (como la costura, la venta en ferias, mercados o supermercados), o en ocupaciones sexualizadas ligadas al trabajo doméstico y los cuidados, siempre en condiciones informales, con bajas remuneraciones y muchas horas diarias (incluso cama adentro). A pesar del nivel educativo alcanzado, y de no ser ellas mismas migrantes como tal sino *“hijas de”*, las alternativas que encuentran no representan posibilidades reales de movilidad social, ni garantías de condiciones de vida y de trabajo menos explotadas que las de la horticultura. Sí, quizás, un trabajo *“más liviano”* que la agricultura, ya que no requieren un esfuerzo físico tan intenso. Pero implican trabajar bajo patrón, percibir bajos ingresos, cumplir un horario fijo, con dificultades para conciliar en caso de tener hijos, además de vivir en condiciones de hacinamiento sin acceso al aire libre (como en la quinta), y sin aspiraciones a, en caso de tener suerte o realizar una buena inversión, obtener alguna ganancia.

Rilma comenzó a producir junto a su pareja a los 18 años, cuando nació su hija. Un temporal les destruyó todo y decidieron cambiar de trabajo, empleándose en una verdulería. Las jornadas eran de más de 12hs, lo cual hacía imposible la conciliación con el cuidado de una bebé, y la patrona *“era mala”*. También probaron suerte en Tarija (Bolivia), él como albañil y ella en un negocio, pero tampoco les fue bien, eran muchas horas y el dinero nos les alcanzaba. Finalmente regresaron a La Plata, donde subarriendan en la quinta de su padre:

“La quinta es algo seguro. Es muy arriesgado al perder todo y esas cosas, invertir tanto para que una temporada no valga... a pesar de todo eso, es algo seguro. Porque... ponele, tenés verdura. Y con verdura podés hacer

cualquier cosa. [Cuando trabajábamos fuera] no teníamos nada, teníamos que comprar todo. Hasta una cebolla, una papa, todo.” (E3)

Figura 8. Trayectoria de Rilma: intermitente.



Fuente: Elaboración propia en base a E3 y E12.

Por otro lado, cabe destacar que a partir de la participación en la organización, muchas entrevistadas revalorizaron el trabajo de la tierra, la dignidad del ser campesinas, y han orientado sus esfuerzos hacia hacer valer este trabajo (a través de la agroecología y el cooperativismo) antes que abandonarlo definitivamente. En contraste con las expectativas de sus padres/madres para que se dediquen a otra cosa, ser agricultoras es también una opción de vida que, más allá de las adversidades, deciden afrontar con esperanza. Así explican Ema y Marta este cambio en sus aspiraciones:

“M: Y siempre mi papá decía ‘Estudien, para ser mejor’. Por eso hicimos los cursos... De computación, peluquería, algo de maquillaje, yo también de repostería. (...) siempre fue eso de estudiar algo para salir de la quinta. (...) Y ahora ya no, ni loca!!! (risas)

E: Ahora prefiero elegir el campo antes que salir a otro lado.” (E26)

## REFLEXIONES FINALES

En este trabajo nos propusimos realizar una relectura de la escalera boliviana como herramienta para analizar la movilidad social en la horticultura argentina, a la luz de las transformaciones sociales que, 20 años después han acaecido en el país y particularmente en el territorio que analizamos, el Gran La Plata. Desde una perspectiva feminista e interseccional, presentamos los resultados de una investigación que pone de relieve los procesos de racialización y prioriza las experiencias de las mujeres a la hora de analizar la movilidad social hortícola.

Presentamos, según las trayectorias de las entrevistadas, un esquema con 10 escalones que grafica las posiciones de “peona”, “mediera”, “productora” (con distintas modalidades a su interior); e incluimos también dos escalones póstumos: “comerciante” y “ocupaciones no hortícolas”. Relativizamos, no obstante, el ascenso en términos de significar un enclasmiento superior, dado que todas las entrevistadas manifiestan “*trabajar para sobrevivir*” y relatan con sufrimiento las carencias materiales que poseen. Sostenemos que su racialización como campesinas-indígenas (en definitiva, no-blancas) condiciona las posiciones subalternas que ocupan en la estructura social argentina, constituyéndolas como cuerpos-trabajo.

A partir de los relatos sobre sus experiencias en horticultura reconstruimos 4 tipos de trayectorias de movilidad por la escalera boliviana (ascenso, reproducción, descenso e intermitencia). Los recorridos típicos y más frecuentes son los de ascenso social, en los cuales la principal estrategia es incrementar la productividad a través de la autoexplotación, y destinar todos los ingresos a la reinversión productiva, procurando acumular cierto capital que permita ascender alquilando tierras y/o incursionando en la comercialización. Este intenso ritmo de trabajo se sostiene gracias a la doble jornada laboral de las mujeres, quienes se desempeñan como únicas responsables del trabajo doméstico y los cuidados; y también por la desinversión en la esfera doméstica/reproductiva, generando un ahorro que subsidia a la esfera productiva con el esfuerzo de las mujeres.

Esta división sexual del trabajo responde, en parte, a la naturalización de la reproducción social asociada a la condición femenina, pero fundamentalmente a la posición dominante de los varones en la organización familiar. Para describir su posición recurrimos al tipo-ideal del “marido-patrón” y describimos con distintos ejemplos las maneras en que, de manera autoritaria, monopolizan los recursos y las decisiones, controlando el tiempo, el patrimonio (e inclusive el cuerpo) de las mujeres. Destacamos además la importancia que juegan el paso del tiempo, el momento del ciclo de vida familiar y las diferentes redes, en el poder de negociación que ostentan las mujeres en las relaciones conyugales.

Las trayectorias de reproducción y de descenso social, como casos desviados, permiten iluminar qué sucede cuando este imperativo de productividad sostenido por la doble jornada femenina se obtura (sea por una priorización de los cuidados; sea por una separación), dando lugar a otros recorridos de movilidad. La mirada cualitativa y desde la perspectiva de las mujeres permite relativizar el ascenso como una mejora en las posiciones sociales y en las condiciones de vida y de trabajo. Sus relatos dan cuenta de que, para ellas, el ascenso por la escalera no siempre redundaba en mayores ingresos, en una posición de mayor autonomía en el trabajo, o en mejores condiciones para ejercer las tareas “reproductivas”.

Por último, presentamos las trayectorias de quienes aparecen como un sujeto emergente en el trabajo de campo: las hijas de quienes migraron originalmente desde Bolivia, y quienes podrían representar (o no) el futuro de esta actividad. Por el recorte de la muestra, son mujeres que habiendo realizado trabajos fuera de la horticultura, decidieron regresar y se desempeñan aun como agricultoras. Muchas incluso se muestran decididas a luchar por hacer de este un mejor trabajo; y, en otras palabras, que la movilidad social sea efectiva. Para ellas, ciertas “credenciales” como la ciudadanía argentina o los estudios secundarios no han sido suficientes para romper con las inserciones laborales precarias y sexo-racializadas a las que parecen estar destinadas. A pesar de los intentos por “salir de la escalera”, como documentaron otros trabajos (Morzilli, 2019; Benencia y Quaranta, 2018) las ocupaciones que encuentran siguen ubicándolas en los trabajos destinados a migrantes que nadie quiere realizar. En sus trayectorias la autoexplotación familiar de la horticultura acaba constituyendo un refugio donde pueden realizar su oficio, pasar tiempo al aire libre y con sus hijes, organizar sus horarios de trabajo, y eventualmente obtener también ganancias.

A modo de cierre, pensando prospectivamente sobre la escalera boliviana como herramienta analítica, destacamos por un lado la potencia de un esquema fácilmente adaptable a diferentes realidades y susceptible de incorporar nuevos elementos de análisis que favorecen la comparación. Con este trabajo procuramos, incipientemente, romper la idea de familia para mostrar cómo la dimensión de género es económicamente significativa y constituye un elemento a tener en cuenta en los estudios sobre movilidad social. Por otro lado, y fundamentalmente respecto de esta segunda generación hortícola, nos preguntamos si “escalera boliviana” sigue siendo un nombre adecuado para esta herramienta; o bien resultaría conveniente romper con el nacionalismo metodológico que, en cierto modo, continúa extranjerizando a quienes no integran más que por herencia –como la mayoría de seres humanos– a cierto colectivo migrante.

REFERENCIAS

- AGARWAL, B. (1997): “‘Bargaining’ and gender relations: within and beyond the household” *Feminist Economics*, 3 (1), pp. 1–51.
- ALONSO, L.E. (1998): *La mirada cualitativa en sociología. Una aproximación interpretativa*. Madrid, Fundamentos.
- ANTHIAS, F. (2006). “Género, etnicidad, clase y migración: interseccionalidad y pertenencia translocalizacional” en *Feminismos periféricos. Discutiendo las categorías sexo, clase y raza (y etnicidad) con Floya Anthias*, Granada, Editorial Alquila, pp. 49–68.
- ATAIDE, S. (2016). “Inserción desigual de inmigrantes bolivianos en un mercado de trabajo segmentado. Estudio en municipios del este salteño”, *Andes* (27).
- ATAIDE, S. (2019). “Género y migraciones. Un estudio sobre mujeres migrantes tarijeñas en torno al mercado de trabajo hortícola de Apolinario Saravia en la provincia de Salta”, *Mundo Agrario*, 20 (43), p. e107.
- AMBORT, M.E. (2017): “Procesos asociativos en la agricultura familiar: un análisis de las condiciones que dieron lugar al surgimiento y consolidación de organizaciones en el cinturón hortícola platense, 2005-2015”, Tesina de Licenciatura en Sociología. Universidad Nacional de La Plata. Argentina.
- AMBORT, M.E. (2022). “Vivir y trabajar en la agricultura familiar: una aproximación etnográfica a los roles de género en la horticultura platense (Buenos Aires, Argentina)”, *Trabajo y Sociedad*, XXII (39), pp. 291–313.
- AMBORT, M. E. (2024). “Una mirada feminista de la “escalera boliviana”. Trayectorias hortícolas de mujeres quinteras en el Gran La Plata, Argentina”, *Revista Española de Sociología*, 33(3), pp. 1–23.
- BALDINI, C., MARASAS, M.E. y DROZD, A. (2021). “Three decades of landscape change across the largest peri-urban horticultural region of Argentina: urban growth, productive intensification and the need for resilient landscape management”, *Journal of Environmental Planning and Management*, pp. 1–40.
- BARBOSA CAVALCANTI, J.S., MOTA, D.M. y GAMA DA SILVA, P. (2002). “Mirando hacia el Norte: clase, género y etnicidad en los espacios de

- fruticultura del nordeste de Brasil”, *AREAS, Revista de Ciencias Sociales*, (22), pp. 161–181.
- BENDINI, M. y BONACCORSI, N. (1998). *Con las puras manos. Mujer y trabajo en regiones frutícolas de exportación*, Buenos Aires, La Colmena.
- BENENCIA, R. (1997) “De peones a patrones quinteros. Movilidad social de familias bolivianas en la periferia bonaerense”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 12 (35), pp. 63–102.
- BENENCIA, R. (1999) “El concepto de movilidad social en los estudios rurales” en *Estudios rurales: Teorías, problemas y estrategias metodológicas*, Buenos Aires, La Colmena, pp. 77–95.
- BENENCIA, R. (2006) “Bolivianización de la horticultura en la Argentina. Procesos de migración transnacional y construcción de territorios productivos” en *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencia, desigualdad y derechos*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 66–95.
- BENENCIA, R. (2009) “El infierno del trabajo esclavo. La contracara de las ‘exitosas’ economías étnicas”, *Avá*, 15, pp. 43–72.
- BENENCIA, R., GARCÍA, M. y QUARANTA, G. (2021). “Principales características y transformaciones de la pequeña horticultura familiar de La Plata”, *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, 55, pp. 7–28.
- BENENCIA, R. y QUARANTA, G. (2006). “Mercados de trabajo y economías de enclave. La -escalera boliviana-en la actualidad”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 20 (60), pp. 413–431.
- BENENCIA, R. y QUARANTA, G. (2018). “La horticultura de ‘fin’ a ‘medio’: nuevas realidades de las familias bolivianas en la horticultura del Área Metropolitana de la Ciudad de Buenos Aires” en *Revista Migraciones Internacionales. Reflexiones desde Argentina*, Buenos Aires, OIM.
- BENERÍA, L. (1981). “Reproducción, producción y división sexual del trabajo”, *Mientras tanto*, (6), pp. 47–84.
- BENERÍA, L. (2008). “De la ‘armonía’ a los ‘conflictos cooperativos’. La contribución de Amartya Sen a la Teoría de la unidad doméstica”, *Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, (20), pp. 15–34.
- BERTAUX, D. (1990). “El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades”, *Proposiciones*, 29, pp. 1–23.

- BLANCO RODRÍGUEZ, G. (2023). “Trabajo doméstico, de cuidado y para el mercado en las quintas hortícolas de General Pueyrredon. Jerarquías y segregación por género”, *Descentrada*, 7 (2), p. e210.
- BOURDIEU, P. (1994). “¿Qué es lo que hace a una clase social? Acerca de la existencia teórica y práctica de los grupos”, *Revista Paraguaya de Sociología*, 31 (89), pp. 7–21.
- CARRASCO-BENGOA, C. (2017). “La economía feminista. Un recorrido a través del concepto de reproducción”, *Ekonomiaz*, (91), pp. 52–77.
- DE CASTRO, C., REIGADA, A. y GADEA, E. (2020). “The devaluation of female labour in fruit and vegetable packaging plants in Spanish Mediterranean agriculture”, *Organization*, 27 (2), pp. 232–250.
- CASTRO-GÓMEZ, S. (2000). “Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la ‘invención del otro’” en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO.
- CRENSHAW, K. (2012). “Mapping the Margins: intersectionality, Identity Politics, and Violence Against Women of Color”, *Stanford Law Review*, 43, pp. 1241–1299.
- DEERE, C.D. (2005). “*The feminization of agriculture? Economic restructuring in rural Latin America*”, UNRISD Occasional Paper, Geneva.
- DEERE, C.D. y LEÓN, M. (2002) “*Género, propiedad y empoderamiento: tierra, Estado y mercado en América Latina*”, 2da ed, México, Universidad Autónoma de México, FLACSO, Sede Ecuador.
- ECONOMISTAS SIN FRONTERAS (2018). “Economía Feminista: Visibilizar Lo Invisible”, *Dossieres EsF*. (29), p. 42.
- FARAH, M.A. (2004). “Algunos elementos de análisis sobre el trabajo rural remunerado y no remunerado en América Latina desde una perspectiva de género”, *Revista de Fomento Social*, 59, pp. 801–821.
- FEDERICI, S. (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, Madrid, Traficantes de sueños.
- GARCÍA, M. (2011). “Proceso de acumulación de capital en campesinos. El caso de los horticultores bolivianos de Buenos Aires (Argentina)”, *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 8 (66), pp. 47–70.
- GODARD, F. (1996). “El debate y la práctica sobre el uso de historias de vida en las ciencias sociales”, *Uso de las historias de vida en las Ciencias Sociales*, Serie II (1), pp. 5–56.

- GORDILLO, G. (2020). “Se viene el malón. Las geografías afectivas del racismo argentino”, *Cuadernos de antropología social*, 3776 (52), pp. 7–35.
- GREGORIO GIL, C. (2006), “Contribuciones feministas a problemas epistemológicos de la disciplina antropológica: representación y relaciones de poder”, *AIBR: Revista de Antropología Iberoamericana*, 1 (1), pp. 22–39.
- GROSFUGUEL, R., OSO, L. y CHRISTOU, A. (2015). “‘Racism’, intersectionality and migration studies: framing some theoretical reflections”, *Identities*, 22 (6), pp. 635–652.
- HARAWAY, D. (1995). “Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial” en *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, pp. 313–346.
- HARDING, S. (1996). *Ciencia y feminismo*, Madrid, Ediciones Morata.
- hooks, b. (1990). *Ain't I a Woman: Black Women and Feminism*, London, Pluto Press.
- hooks, b. (2004). “Understanding Patriarchy”, Louisville Radical Lending Library. Consultado: 07/10/2024  
(<https://imagineborders.org/pdf/zines/UnderstandingPatriarchy.pdf>)
- INSURRALDE, N. y LEMMI, S. (2020). “Cuerpos productivos, cuerpos reproductivos. El caso de las mujeres productoras de hortalizas del Gran La Plata (2017)” en *La agricultura familiar entre lo rural y lo urbano*, Luján, UDUNLu, pp. 107–130.
- LARA FLORES, S.M. (1995). “La feminización del trabajo asalariado en los cultivos de exportación no tradicionales en América Latina: efectos de una flexibilidad ‘salvaje’” en *El Rostro Femenino del Mercado de Trabajo Rural en América Latina*, Caracas, UNRISD, Nueva Sociedad, pp. 15–34.
- LEMMI, S. y WAISMAN, M.A. (2021). “Trayectorias migrantes, movilidad social y recambio étnico nacional en la horticultura (La Plata, Argentina, Siglos XX-XXI)”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 21 (2), p. e145.
- LOGIOVINE, S. y BIANQUI, V. (2024). *Mujeres y Feminismos en las ruralidades: trabajos, cuerpos y resistencias*, Buenos Aires, Red Editorial.

- MALLIMACI BARRAL, A.I. (2022). “Migraciones bolivianas hacia la Argentina: una historia de ausencias y presencias”, en *Cuerpos políticos y políticas de los cuerpos. Estudios comparados sobre el cuerpo, en la encrucijada entre salud, religión, violencia y poder*. Buenos Aires, CEIL-CONICET, pp. 59–83.
- MARGULIS, M. (1999). “La ‘racialización’ de las relaciones de clase” en *La segregación negada: cultura y discriminación social*, Buenos Aires, Biblos, pp. 37–62.
- MBEMBE, A. (2016). *Crítica de la razón negra. Ensayo sobre el racismo contemporáneo*, Barcelona, Ned Ediciones.
- MINGO, M.E. (2011). “Entre el hogar y el trabajo. Mujeres asalariadas en la agricultura del valle de Uco, Provincia de Mendoza, Argentina”, *Nómadas*, 29 (1), pp. 411–429.
- MORENO, M.S. (2022). “Trabajadoras/es bolivianas/os en territorios agrícolas de Mendoza. Análisis de los procesos de segregación laboral desde un enfoque interseccional”, *Trabajo y Sociedad*, (39), pp. 237–263.
- MORENO NIETO, J. (2016). “Trabajo y género en la globalización agroalimentaria. Las trabajadoras de la fresa en Marruecos”. Tesis Doctoral. Universidad Autónoma de Madrid.
- MORZILLI, M. (2019). “Entre la quinta y la escuela, una bifurcación en la escalera boliviana: Trayectorias escolares y socio-productivas de jóvenes de familias horticultoras bolivianas en el periurbano platense (2011-2017)”. Tesis doctoral. Universidad Nacional de La Plata.
- MURMIS, M. (1991). “Tipología de pequeños productores campesinos en América Latina”, *Ruralia*, 2, pp. 29–56.
- NAROTZKY, S. (1998). *Trabajar en familia. Mujeres, hogares y talleres*, Valencia, Alfons El Magnanim.
- NAVÓS LÓPEZ, N.S. (2022). “La agricultura familiar cebollera en el valle bonaerense del Río Colorado: organizaciones, problemáticas y expresiones de la desigualdad”, *Estudios Rurales*, 11 (Esp.21), p. 16.
- PÉREZ-OROZCO, A. (2014). *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*, Madrid, Traficantes de sueños.
- PIZARRO, C. (2007). “Inmigración y discriminación en el lugar de trabajo. El caso del mercado frutihortícola de la colectividad boliviana de Escobar”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 21(63), pp. 211–244.

- QUIJANO, A. (2000). “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina” en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO. p. 246.
- REIGADA-OLAIZOLA, A. (2012). “Más allá del discurso sobre la ‘inmigración ordenada’: contratación en origen y feminización del trabajo en el cultivo de la fresa en Andalucía”, *Política y Sociedad*, 49 (1), pp. 103–122.
- RIVERO SIERRA, F.A. y ÁLAMO, F. (2017). “Horticultores bolivianos en Casas Viejas (Trancas, Tucumán): un caso de movilidad social ascendente “escalera boliviana” que articula la movilidad espacial horizontal “diseminación” como estrategia”, *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, 22 (35), pp. 33–66.
- RUBIN, G. (1986). “El tráfico de mujeres: notas sobre la ‘economía política’ del sexo”, *Revista Nueva Antropología*, VIII (30), pp. 95–145.
- SAYAD, A. (2008). “Estado, nación e inmigración. El orden nacional ante el desafío de la inmigración”, *Apuntes de Investigación del CECYP*, (13), pp. 101–116.
- SEGATO, R. (2016). *La guerra contra las mujeres*, Madrid: Traficantes de sueños.
- SEIBANE, C. y FERRARIS, G. (2017). “Procesos organizativos y políticas públicas destinadas a productores familiares del sur del Área Metropolitana (provincia de Buenos Aires, Argentina)” *Mundo Agrario*, 18 (38), p. e060.
- SOUTO-GARCÍA, A., 2022. “Colombianas en España y brasileiras en Portugal. Un análisis interseccional de las migraciones de las mujeres en el espacio transnacional/poscolonial”, Tesis doctoral, Universidade da Coruña.
- SPIVAK, G.C. (2002). “¿Puede hablar la subalterna?”, *Asparkía. Investigación feminista*, (13), pp. 207–214.
- TORNS, T. (2008). “El trabajo y el cuidado: cuestiones teórico- metodológicas desde la perspectiva de género”, *EMPIRIA*, 15, pp. 53–73.
- TRPIN, V. y BROUCHOUD, S. (2014). “Mujeres migrantes en producciones agrarias de Río Negro: aportes para abordar la interseccionalidad en las desigualdades”, *Párrafos Geográficos*, 13 (2), pp. 108–126.
- ZUNINO, N. y NÚÑEZ, P. (2020). “Trayectorias y procesos de movilidad social de productores hortícolas del Alto Valle de Río Negro) en

*Sujetos sociales en la horticultura argentina: reflexiones en torno a su estudio*, Buenos Aires, INTA. pp. 126–141.

Recibido: 07.10-2024

Aceptado: 07.11.2024

**María Eugenia Ambort** es doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. También es magíster en Estudios Sociales Agrarios (FLACSO-Argentina), y profesora y licenciada en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Actualmente se desempeña como becaria posdoctoral del CONICET, con sede en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) de la UNLP. Sus temas de estudio combinan distintos campos disciplinares, como los estudios de género, los estudios migratorios y los estudios sociales agrarios. Ha trabajado desde metodologías cualitativas, principalmente métodos biográficos (trayectorias, historias de vida) y etnografía, incorporando las perspectivas de la interseccionalidad, decolonialidad y metodologías feministas. En los últimos trabajos ha estudiado los procesos de movilidad social y las relaciones de género en la horticultura platense. [maruambort@gmail.com](mailto:maruambort@gmail.com)